FRIEDRICH NIETZSCHE

EL ANTICRISTO

MALDICIÓN SOBRE EL CRISTIANISMO



El Anticristo representa una fuerte sacudida para ese gran edificio que es la cultura occidental, pues golpea con fuerza una de sus principales columnas de sostenimiento: el cristianismo. Sin embargo, no se trata de un simple relato acerca de la corrupción de la Iglesia católica. Nietzsche señala graves incongruencias entre los Evangelios que reseñan el mensaje auténtico de Cristo, en donde se rechaza toda ritualidad, pues lo que predicó Jesús no es una nueva «creencia», sino una vida nueva.

Este libro es una crítica muy severa a la moral cristiana, pero no es exabrupto de un resentido social, de un ateo recalcitrante o de un historiador enfermo de objetividad, sino el discurso de un hombre que se encuentra en el umbral de la locura, pero que por lo mismo, se sitúa más allá de toda prudencia intelectual, lejos de los juicios, para aplicar el formidable instrumento de su inteligencia explorando la cara oculta del cristianismo.



Friedrich Nietzsche

El Anticristo

Maldición sobre el cristianismo

ePub r1.3

ElCavernas 30.01.18

Título original: *Der Antichrist, Fluch auf das Christentum*
Friedrich Nietzsche, 1895
Traducción: Federico Milá
Introducción: Henri Lefèbvre
Diseño de cubierta: ElCavernas

Editor digital: ElCavernas
Corrección de erratas: jfasebook, Un_Tal_Lucas
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN SOBRE EL ASESINATO DE DIOS

de Henri Lefèbvre

EL UNIVERSO aspira a la conciencia, a la posesión de sí, es decir, a lo divino. Un Dios se forma en el mundo. Sin embargo, el nietzscheísmo (aquí su novedad en relación a las metafísicas clásicas) no es una teología; o más bien, es una teología al revés, una teología del pecado, «más allá del bien y del mal». Dios —el Dios infinito de los cristianos— se forma realmente en el mundo, al mismo tiempo que el hombre y en el hombre. El hombre puede realmente servir a Dios y ¡aquí el bien y el mal! Porque es necesario que el hombre se ofrezca en holocausto y que muera para que Dios nazca. Los teólogos han esperado esta fatalidad situando lo divino en lo sobrenatural que exige el sacrificio de la naturaleza y de la tierra.

Inversamente ¡lo humano exige la muerte de Dios! Estos dos rivales, estos dos grandes antagonistas no pueden realizarse juntos. La realización supone una aniquilación: el Hombre tiene que matar a Dios.

Nietzsche experimenta religiosamente el fin de las religiones y el crepúsculo de los dioses. Se representa una tragedia cósmica: si Dios está muerto, ¡es que nosotros lo hemos matado! Nacía de nosotros el «otro». Dios era la alienación del hombre, su adversario, incompatible con él. Todo pasa en lo existencial; si los hombres han pensado en Dios, si los genios místicos aspiraban a lo divino, es que realmente lo divino se formaba en ellos. Exigía de ellos el ascetismo, el renunciamiento, es decir, el odio a la «tierra», el resentimiento contra la «vida». Entonces, los hombres han tenido que llevar a cabo y repetir un acto espantoso, misterioso, que los libere, pero despojándolos de lo que había de mejor en ellos: el asesinato de Dios. La nada es a la vez nuestro enemigo y nuestra arma para sobrepasar en el dolor esta etapa de nuestra creación por nosotros mismos, lo divino.

El hombre que ha matado a Dios ha llevado a cabo un acto necesario; y sin embargo, es el insensato de quien habla la Gaya ciencia y «el más feo de los hombres» de quien se trata en la última parte de Zaratustra.

El asesino de Dios —singular paradoja— no es el ateo. El ateo nietzscheano tiene el sentido de lo divino. El verdadero asesino de Dios ¡es el cristiano! El cristianismo no fue más que en apariencia una fe en Dios, una vida humana en el sentido de lo divino. En realidad, fue el «más bajo nivel de la evolución descendente del tipo divino». Es de todo punto falso decir que el cristianismo ha perdido históricamente su impulso primitivo. Desde el principio fue una degeneración. El cristianismo, o más exactamente, el judeo-cristianismo, no ha sido, según Nietzsche, mas que una invención del resentimiento judío para arrastrar el mundo a la decadencia. Fue una especie de mala jugada genial, una invención grotesca y feroz de los judíos para vengarse de las innumerables vejaciones y persecuciones que ya habían sufrido. Los judíos han turbado y corrompido los espíritus, han impedido a miles de millones de hombres gozar de la tierra.

Humanamente e incluso desde el punto de vista de la religión, el judeo-cristianismo fue un fenómeno de decadencia. En su punto de partida hubo una mala inteligencia. El creador del judeo-cristianismo en tanto que doctrina y en tanto que

Iglesia fue San Pablo, que se sirvió de la biografía de Cristo para extender la noción judaica del pecado y del Dios malo. El único cristiano auténtico fue Cristo y murió en la cruz —murió verdaderamente. Su presencia, su espíritu se ha perdido. Doble holocausto de Cristo: este hombre murió para divinizarse —en él los hombres que lo mataron y que cada día lo matan de nuevo han matado a Dios. La Iglesia cristiana ha ritualizado judaicamente la muerte de Dios en lugar de comprenderla y de hacer eternamente presente este drama. Cristo es «una realidad eterna, un símbolo psicológico más allá del tiempo». Fue sin pecado porque estaba verdaderamente purificado de todo resentimiento; de una infinita inocencia, intentó abolir la distancia entré él y la existencia profunda. Resucita en todos los que asumen el drama del hombre y buscan la relación del individuo con la existencia.

Nietzsche no se cansa —en la Voluntad de potencia, en el Anticristo, etc.—, de descubrir los múltiples aspectos de la decadencia cristiana. Los cristianos han matado a Dios sin comprenderlo, y viven de esta muerte y del deseo de aniquilación. En su alma se pudre lentamente el cadáver de Dios. Han abrumado de reprobaciones todo lo que era fuerte y sano, violento y profundo: la pasión y el placer, el pensamiento, la libertad, el amor de la tierra, la ambición; lo han llamado mal, pecado, diablo. Si es lícito definir el ser corrompido como aquél que hace lo que es desventajoso, el cristianismo representa la corrupción esencial. Ha erigido en tipo ideal al hombre débil, la «bestezuela de rebaño», al animal humano domesticado y enfermo, que practica sistemáticamente el autocastigo. El hombre sin pecado del cristianismo es el oprimido eterno con las virtudes que le convienen, ellas le dan esas pequeñas satisfacciones débiles que prolongan su esclavitud, pero que compensan su ausencia completa de vitalidad: la dulzura, la benignidad, la caridad. Para justificar esta moral de esclavos, los teólogos han construido un inmenso sistema de «piadosas mentiras», de interpretaciones pérfidas. Se ha emponzoñado el corazón de los hombres con el resentimiento y la idea del pecado; y después se les ha explicado por el pecado original o actual su decadencia. Abominable círculo vicioso. Apenas si se elevan por encima de este odioso rebaño algunos tipos, odiosos ellos mismos, pero seleccionados y después de todo superiores: el prelado maquiavélico, el contemplativo, el santo.

La muerte de Dios es para el hombre un urgente requerimiento. Nietzsche no se presenta únicamente como un destructor. Comprueba la destrucción de todos los valores, el «nihilismo europeo». Agotado, habiendo usado de la nada y precipitado en la nada a la vez lo mejor y lo peor de sí mismo —lo divino— el hombre moderno se encuentra ante esta nada. Religión, felicidad, fe, sabiduría, virtud, lógica y ciencia ya no tienen significación. El hombre moderno tiene un poder inmenso, una lucidez costosamente ganada. El agotamiento de la vida, la extinción de las posibilidades naturales han condicionado esta conciencia. El hombre actual ignora las inmensas posibilidades de su conciencia y se encuentra impotente y vacío. ¡Es necesario resucitar la grandeza perdida, pero transformándola, creándola de nuevo en lo

sobrehumano y en lo divino!

El nihilismo europeo, la inquietud y la desesperación modernas son la gran purificación. Ha sido preciso utilizar la nada contra Dios y es preciso ahora atravesar esta nada y sobrepasarla. Nuestro universo es desértico, pues carece de dioses. El hombre está solo. Es necesario que se fije una nueva meta, una nueva jerarquía de lo que «vale». El hombre tiene hoy que crear el sentido del mundo, que imponerlo por medio de un acto infinitamente creador, un acto divino.

La vida no tiene sentido exterior a ella. Ella es para sí misma su recompensa. Hasta aquí los hombres han montado un vasto escenario delirante: cubrían la vida con una máscara; bajo esta máscara representaban muy seriamente la comedia; creían hacer otra cosa que vivir; por ejemplo: obedecer a una providencia, ejecutar muy importantes prescripciones religiosas o morales. Estos valores han sido quizá muy útiles: se han hundido. Buscar un sentido a la vida, es ya despreciarla. El sentido de la existencia está en ella. ¡La realidad de la potencia está en su acto! El pensamiento buscaba en otro tiempo más allá de él lo que estaba en él. Tenemos que adquirir una conciencia nueva de nuestra conciencia y de nuestra existencia.

Momento decisivo. Momento de la salvación terrenal. El hombre ha arrojado todo lo que le protegía y sostenía, pero le engañaba y atraía fuera de sí. Tiene que determinar su propia existencia. Se vuelve Dios, no según la Biblia, conociendo el bien y el mal, sino más allá del bien y del mal. Es ya divino puesto que tiene que crearse a sí mismo en un acto libre. Tiene que crearse exnihilo. La más alta verdad es que el mundo carece de verdad preexistente. La más alta verdad, la que liberta, es infinitamente creadora.

Los débiles, los que desesperan, estarán más y más desesperados: aceptarán la nada y desaparecerán. El hombre que ama poderosamente la existencia —en quien la potencia creadora se afirma— está al contrario aguijoneado por esta visión de la nada. Mira al abismo sin vértigo y por este lado afirma la alta potencia de la vida; y la afirma de nuevo, sin protección, sin apoyo, heroicamente. Aceptando totalmente la prueba, triunfa de ella. Lanza un decreto soberano y total y renueva el ser y proclama en fin la verdad de un mundo sin verdad. Sobrepasa el nihilismo. La vida, desde este momento, rebasa las contradicciones: ilusión y verdad, conocer y ser, bien y mal, placer y dolor, seriedad y ausencia de lo serio, vida y muerte. El acto inaugural es a la vez espiritual y cósmico. Es eminentemente personal y, sin embargo, está más allá del Yo y del No-Yo. El espíritu carnal y terrestre, el superhombre, se afirma así. Con este acto, que según Nietzsche es absolutamente revolucionario, comienza —en una atmósfera de potencia, de lucidez, con un ritmo de danza ligera y ebria— ¡el superhombre! Pronto vendrán los nuevos Hiperbóreos que tendrán «oídos nuevos para una música nueva: conciencia nueva para verdades nuevas». Ellos desarrollarán las consecuencias de la nueva revelación y crearán totalmente la grandeza que se ha perdido en medio de las falsas afirmaciones metafísicas y religiosas.

Un tránsito misterioso se opera en toda gran obra de arte. Las tinieblas se

metamorfosean en luz, el sueño y el ensueño en ideas, la existencia encadenada al tiempo, a la lucha, a la muerte, a la nada, a la verdad y a la ilusión, en forma pura. Esta gran liberación tiene que cumplirse para la existencia total y para la vida en su profundidad. El fundamento de nuestro ser, la potencia, es llamado a la luz en este paroxismo de tensión. Dioniso, habiendo asumido el peso de la existencia, descubre su identidad con Cristo. Se ha sobrepasado volviéndose Apolo y Sócrates, mientras que el conocimiento, salido de Sócrates, se une a la música que nace de las profundidades del alma.

¿Ascetismo? ¿Renunciamiento? No. Gozo. Gozo de gustar sin amargura, libremente, «de todas las cosas buenas». Gozo profundo: más allá del placer y del dolor.

La existencia se trasciende sin salir de ella misma. Tenemos que entrar, según Nietzsche, en la gran resurrección que seguirá al nihilismo: en la superabundancia de formas espirituales y de gozo terrestre no fingidos En la despreocupación radiante. El espíritu se vuelve otra vez niño.

Ha sido encontrada.
¿Quién? La eternidad.
Es la mar mezclada
Con el sol,

había escrito Rimbaud, evocando, como Nietzsche, la unión de las profundidades y de la luz. Las barreras entre los seres, los límites, serán rotos por Dioniso vencedor, dios de la metamorfosis que recorrerá libremente las formas.

Las posibilidades del mundo estaban agotadas. De ahí precisamente la posible novedad: participar en todo lo que fue, concentrarlo en un ser único: el superhombre.

Con el asesinato de Dios, el hombre pone fin a un «posible» que quizá habría roto el ciclo del devenir, orientándolo hacia lo infinito, es decir, hacia la persecución sin fin de lo divino. Del mismo golpe ha establecido el devenir, pero establecido la eternidad en el devenir. Está entonces presto a aceptar la vida tal cual es, precisamente porque transforma la conciencia de ella. Es preciso hacer notar aquí que para Nietzsche el problema no es transformar la vida sino justificarla tal como es.

Creador de sí mismo, el hombre comprende entonces cómo la existencia ha llegado hasta él, y se sitúa en el momento crucial del devenir: en el momento en que la vida reconoce la identidad del conocer y del ser, la identidad profunda de la potencia.

PRÓLOGO

INVERSIÓN DE TODOS LOS VALORES
FRAGMENTO

ESTE LIBRO está hecho para muy pocos lectores. Puede que no viva aún ninguno de ellos. Esos podrán ser los que comprendan mi Zaratustra; ¿acaso tengo yo derecho a confundirme con aquéllos a quienes hoy se presta atención? Lo que a mí me pertenece es el pasado mañana. Algunos hombres nacen póstumos.

Las condiciones requeridas para comprender y para comprenderme luego con necesidad, las conozco demasiado bien. Hay que ser probo hasta la dureza en las cosas del espíritu para poder soportar sólo mi seriedad y mi pasión. Hay que estar acostumbrado a vivir en las montañas, y ver a nuestros pies la miserable locuacidad política y el egoísmo de los pueblos que la época desarrolla. Hay que hacerse indiferente; no debe preguntarse si la verdad favorece o perjudica al hombre… Hay que tener una fuerza de predilección para las cuestiones que ahora espantan a todos; poseer el valor de las cosas prohibidas, es preciso estar predestinado al laberinto. De esas soledades hay que hacer una experiencia. Tener nuevos oídos para una nueva música; nuevos ojos para las cosas más lejanas; nueva conciencia para verdades hasta ahora mudas, y la voluntad de la economía en grande estilo; conservar las propias fuerzas y el propio entusiasmo… hay que respetarse a sí mismo, amarse a sí mismo; absoluta libertad para consigo mismo…

Ahora bien; sólo los forjados así son mis lectores, mis lectores predestinados; ¿qué me importan los demás? Los demás son simplemente la humanidad. Se debe ser superior a la humanidad por la fuerza, por el temple, por el desprecio…

FRIEDRICH NIETZSCHE

1

Mirémonos de frente. Somos hiperbóreos, y sabemos bastante bien cuán aparte vivimos. «Ni por tierra ni por mar encontrarás el camino que conduce a los hiperbóreos». Píndaro ya sabía esto de nosotros. Más allá del septentrión, de los hielos, de la muerte, se encuentra nuestra vida, nuestra felicidad… Nosotros hemos descubierto la felicidad, conocemos el camino, hallamos la salida de muchos milenios de laberinto. ¿Quién más la encontró? ¿Acaso el hombre moderno? «Yo no sé ni salir ni entrar; yo soy todo lo que no sabe ni salir ni entrar» así suspira el hombre moderno… Estábamos aquejados de esta modernidad, de una paz pútrida, de un compromiso perezoso, de toda la virtuosidad impura del sí y del no modernos. Semejante tolerancia y amplitud de corazón, que lo perdona todo porque lo comprende todo, es para nosotros viento de sirocco. Vale más vivir entre los hielos que entre las virtudes modernas y otros vientos meridionales… Fuimos bastante valerosos: no tuvimos clemencia ni para nosotros ni para los demás; pero por largo tiempo no sabíamos dónde nos conduciría nuestro valor. Nos volvimos sombríos, nos llamaron fatalistas. Nuestro *fatum* era la plenitud, la tensión, la hipertrofia de las fuerzas. Teníamos sed de rayos y de hechos; estábamos muy lejos de la felicidad de los débiles, de la abnegación… En nuestra atmósfera soplaba un huracán; nuestra naturaleza se oscurecía porque no hallábamos ninguna vía. Ésta es la fórmula de nuestra felicidad: un sí, un no, una línea recta, una meta…

2

¿Qué es lo bueno? Todo lo que eleva en el hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo.

¿Qué es lo malo? Todo lo que proviene de la debilidad.

¿Qué es la felicidad? El sentimiento de lo que acrece el poder; el sentimiento de haber superado una resistencia.

No contento, sino mayor poderío; no paz en general, sino guerra; no virtud, sino habilidad (virtud en el estilo del Renacimiento, virtud libre de moralina).

Los débiles y los fracasados deben perecer; ésta es la primera proposición de nuestro amor a los hombres. Y hay que ayudarlos a perecer.

¿Qué es lo más perjudicial que cualquier vicio? La acción compasiva hacia todos los fracasados y los débiles: el cristianismo.

3

El problema que presento aquí no consiste en aquello que la humanidad debe realizar en la serie de las criaturas (el hombre es un fin), sino en el de tipo de hombre que se debe educar, que se debe querer como el de mayor valor, como más digno de vivir, como más seguro del porvenir.

Este tipo altamente apreciable ha existido ya muy a menudo; pero como un caso afortunado, como una emoción, no fue nunca querido. Quizás, por el contrario, fue querido, cultivado, obtenido, el tipo opuesto: el animal doméstico, el animal de rebaño, aquel animal enfermo que se llama hombre: el cristiano…

4

La humanidad no representa una evolución hacia algo mejor y más fuerte o más alto, como hoy se cree. El progreso no es más que una idea moderna; esto es, una idea falsa. El europeo de hoy está muy por debajo del europeo del Renacimiento; un desarrollo sucesivo no es absolutamente, con cualquier necesidad, elevación, ni incremento, ni refuerzo.

En otro sentido, se verifica continuamente el logro de casos singulares en los diversos puntos de la tierra y de las más diversas culturas, con las cuales se representa en realidad un tipo superior: una cosa que, en relación con el conjunto de la humanidad, es un superhombre. Semejantes casos afortunados de gran éxito fueron siempre posibles, y acaso serán aún siempre posibles. También generaciones enteras, razas, pueblos, pueden en ciertas circunstancias constituir un efecto afortunado de esta especie.

5

No se debe adornar y acicalar el cristianismo; hizo una guerra mortal a este tipo superior de hombre; desterró todos los instintos fundamentales de este tipo, de estos instintos extrajo y destiló el mal el hombre malo; consideró al hombre fuerte como lo típicamente reprobable, como el réprobo.

El cristianismo tomó partido por todo lo que es débil, humilde, fracasado; hizo un ideal de la contradicción a los instintos de conservación de la vida fuerte, estropeó la razón misma de los temperamentos espiritualmente más fuertes, enseñó a considerar pecaminosos, extraviados, tentadores, los supremos valores de la intelectualidad. El ejemplo más lamentable es éste: la ruina de Pascal, que creyó que su razón estaba corrompida por el pecado original, cuando sólo estaba corrompida por su cristianismo.

6

A mis ojos se ha ofrecido un espectáculo doloroso, pavoroso; yo descorrí el velo que ocultaba la perversión del hombre. En mi boca, semejante palabra está por lo menos libre de una sospecha, de la sospecha de contener una acusación moral contra el hombre. Ha sido, pensada por mí —querría destacar esto una vez más—, libre de moralina; y esto hasta el punto de que tal perversión es considerada por mí precisamente allí donde hasta ahora se aspiraba más conscientemente a la virtud, a la divinidad. Yo (y esto se adivina) entiendo la perversión en el sentido de decadencia; sostengo que todos los valores en que hoy la humanidad sintetiza sus más altos deseos son valores de decadencia.

Considero pervertido a un animal, a una especie, a un individuo, cuando pierde sus instintos, cuando escoge y predica lo nocivo. Una historia de los sentimientos superiores, de los ideales de la humanidad —y es posible que yo la escriba—, sería tal vez la explicación de por qué el hombre se ha pervertido de este modo. Para mí, la misma vida es instinto de crecimiento, de duración, de acumulación de fuerzas, de poder: donde falta la voluntad de poderío, hay decadencia. Sostengo que a todos los supremos valores de la humanidad les falta esta voluntad; que los valores de decadencia, los valores nihilistas, dominan bajo los nombres más sagrados.

7

La religión de la compasión se llama cristianismo. La compasión está en contradicción con las emociones tónicas que elevan la energía del sentimiento vital, produce un efecto depresivo. Con la compasión crece y se multiplica la pérdida de fuerzas que en sí el sufrimiento aporta ya a la vida. Hasta el sufrimiento se hace contagioso por la compasión; en ciertas circunstancias, con la compasión se puede llegar a una pérdida complexiva de vida y de energía vital, que está en una relación absurda con la importancia de la causa (el caso de la muerte del Nazareno). Éste es el primer punto de vista; pero hay otro más importante. Suponiendo que se considera la compasión por el valor de las reacciones que suele provocar, su carácter peligroso para la vida aparece a una luz bastante más clara. La compasión dificulta en gran medida la ley de la evolución, que es la ley de la selección. Conserva lo que está pronto a perecer; combate a favor de los desheredados y de los condenados de la vida, y manteniendo en vida una cantidad de fracasados de todo linaje, da a la vida misma un aspecto hosco y enigmático. Se osó llamar virtud a la compasión (mientras que en toda moral noble es considerada como debilidad); se ha ido más allá; se ha hecho de ella la virtud, el terreno y el origen de todas las virtudes; pero esto fue ciertamente hecho (cosa que se debe tener siempre en cuenta) desde el punto de vista

de una filosofía que era nihilista, que llevaba escrita en su escudo la negación de la vida. Schopenhauer estaba con ella en su derecho; con la compasión, la vida es negada y se hace más digna de ser negada; la compasión es la práctica del nihilismo. Digámoslo otra vez: este instinto depresivo y contagioso dificulta aquellos instintos que tienden a la conservación y al aumento de valor de la vida: tanto en calidad de multiplicador de la miseria, cuanto en calidad de conservador de todos los miserables es un instrumento capital para el incremento de la decadencia; la compasión nos encariña con la nada… No se dice la nada; en lugar de la nada, se dice el más allá, o Dios, o la verdadera vida, o el Nirvana, la redención, la beatitud… Esta inocente retórica, que proviene del reinado de la idiosincrasia moral-religiosa, aparece de pronto bastante menos inocente si se comprende qué tendencia se encubre aquí bajo el manto de frases sublimes: la tendencia hostil a la vida. Schopenhauer era hostil a la vida, por esto hizo de la compasión una virtud… Aristóteles vio en la compasión, como es sabido, un estado de ánimo morboso y peligroso, que fuera bueno tratar de cuando en cuando con un purgante; consideró la tragedia como una catarsis… En realidad, partiendo del instinto de la vida, se debería crear un medio para asestar un golpe a una acumulación morbosa y peligrosa de compasión, como era representada por el caso de Schopenhauer (y también por toda nuestra decadencia literaria y artística de San Petersburgo a París, de Tolstoi a Wagner); para hacerla estallar… Nada más malsano en nuestra malsana modernidad que la compasión cristiana. Ser aquí médico, ser aquí implacable, poner aquí el cuchillo, esto nos compete a nosotros, esto es nuestro modo de amar a los hombres; de este modo somos filósofos nosotros, los hiperbóreos.

8

Preciso es decir aquí quiénes son nuestros contrarios: los teólogos, y todo lo que tiene en su cuerpo sangre de teólogo, toda nuestra filosofía, es preciso haberla visto dentro de sí; se debe haber muerto por ella para no admitir más bromas en este punto (la libertad de pensamiento de nuestros investigadores de la naturaleza y fisiólogos es para mí una broma; les falta la pasión en estas cosas, el haber sufrido por ellas). Esta intoxicación va mucho más allá de lo que se cree; yo vuelvo a encontrar los instintos teológicos de la presunción allí donde hoy se siente la gente idealista, dondequiera que, so pretexto de un origen elevado, se pretende el derecho de mirar la realidad con aire superior y lejano… El idealista, lo mismo que el sacerdote, tiene en su mano todos los grandes conceptos (y no sólo en la mano), los pone en juego, con benévolo desprecio, contra el intelecto, los sentidos, los honores, el vivir bien, la ciencia, y ve tales cosas por debajo de sí como fuerzas dañinas y seductoras, sobre las cuales el espíritu se libra existiendo puramente para sí: como si la humildad, la castidad, la pobreza, en una palabra, la santidad no hubiese hasta ahora hecho a la vida un mal

infinitamente mayor que cualquier vicio u otra cosa terrible… El espíritu puro es la mentira pura… Mientras el sacerdote sea considerado como una especie superior de hombre, el sacerdote, que es el negador, el calumniador, el envenenador de la vida por profesión, no dará respuesta a la pregunta: ¿qué es la verdad? Ya se ha invertido la verdad cuando el consciente abogado de la nada y de la negación es considerado como el representante de la verdad…

9

Yo declaro la guerra a este instinto de teólogos; dondequiera encontramos sus huellas. El que en su cuerpo tiene sangre de teólogo, tiene *a priori* una posición oblicua y deshonesta frente a las cosas. El *pathos* que de aquél se desarrolla se llama fe: que es un cerrar los ojos ante sí una vez para siempre, para no padecer el aspecto de una insanable falsedad. Se hace así una moral, una virtud, una santidad de esta defectuosa óptica con la que se observan todas las cosas, se confunde la buena conciencia con la falsa visión, se exige que ninguna otra cualidad óptica tenga valor en adelante, una vez que se ha hecho sacrosanta la propia con los nombres de Dios, redención, eternidad. Yo exhumo dondequiera el instinto teológico; es la forma más difundida y realmente más subterránea de falsedad que existe en la tierra. Lo que un teólogo siente como verdadero debe ser falso: en esto hay casi un criterio de verdad. Su más profundo instinto de conservación veda que la realidad sea honrada en cualquier punto o tome simplemente la palabra. Donde llega la influencia de los teólogos, el juicio de valor queda invertido; verdadero y falso son necesariamente trocados; lo más nocivo a la vida, aquí es llamado «verdadero»: lo que la eleva, la aumenta, la afirma, la justifica y la hace triunfar, se llama falso… Si acontece que los teólogos tienden la mano al poder, a través de la conciencia de los principios o de los pueblos, no dudamos de lo que sucederá siempre: la voluntad del fin, la voluntad nihilista quiere el poder…

10

Los alemanes me entienden fácilmente cuando digo que la filosofía ha sido estropeada por la sangre de los teólogos. El sacerdote protestante es el abuelo de la filosofía alemana, el protestantismo es el pecado original de esta filosofía. Definición del protestantismo: la hemiplejía del cristianismo y de la razón… Basta pronunciar las palabras «seminario de Tubinga» para comprender lo que es en el fondo la filosofía alemana: una teología insidiosa… Los bávaros han sido los mejores mentirosos de Alemania; mienten inconscientemente… ¿De dónde nació la gloria de

que al advenimiento de Kant prevaleciese el mundo de los doctores alemanes, mundo compuesto en sus tres cuartas partes de hijos de pastores y de maestros? ¿De dónde nació la persuasión alemana de que con Kant comenzó una crisis de mejoramiento? El instinto de teólogo que hay en el doctor alemán adivinó qué se hacía entonces posible… Se abría un camino indirecto hacia el antiguo ideal; el concepto de mundo verdadero, el concepto de la moral considerada como esencia del mundo (estos dos pérfidos errores, los más pérfidos de todos los errores), desde entonces, en virtud de un escepticismo mezclado y hábil, eran de nuevo, si no demostrables, por lo menos no refutables… La razón, el derecho de la razón, no llega tan lejos… De la realidad se había hecho una apariencia; se había hecho realidad de un mundo completamente falso, del mundo del ser… El éxito de Kant es simplemente un éxito de teólogos; Kant, como Lutero, como Leibniz, fue un obstáculo más en la probidad alemana, en sí no muy sólida…

11

Una palabra más contra Kant moralista. Una virtud ha de ser una invención nuestra, una defensa y una necesidad de uno mismo; en todo otro caso será simplemente un peligro. Lo que no es una condición de nuestra vida, la perjudica; una virtud derivada simplemente de un sentimiento de respeto frente al concepto de virtud, como Kant quería, es dañosa. La virtud, el deber, el bien en sí, el bien con el carácter de la impersonalidad y de la validez universal, son quimeras en las que se manifiesta la decadencia, el último agotamiento de la vida, la cicatería de Königsberg. Las más profundas leyes de la conservación y del crecimiento ordenan lo contrario; esto es, que cada cual encuentre la propia virtud, el propio imperativo categórico. Un pueblo perece cuando confunde sus deberes con el concepto de deber en general. Nada arruina más honda y más íntimamente que aquel deber impersonal, aquel sacrificio ante el Moloch de la abstracción.

¡Y no se ha considerado peligroso para la vida el imperativo categórico de Kant! Sucede que el instinto de los teólogos lo tomó bajo su protección. Una acción a la cual nos impulsa el instinto de la vida tiene en el goce la demostración de su justicia; mientras que aquel nihilista de entrañas dogmático-cristianas consideraba el goce como una objeción… ¿Qué es lo que más rápidamente destruye a un hombre sino el laborar, pensar, sentir, sin una interna necesidad, sin una elección personal profunda, sin alegría, como autómata, del deber? Ésta, es precisamente la fórmula de la decadencia hasta el idiotismo… Kant se volvió idiota. ¡Y fue contemporáneo de Goethe! ¡Y esta araña funesta fue considerada como el filósofo alemán, y lo sigue siendo!… Me cuidaré de decir lo que pienso de los alemanes… ¿Acaso Kant no vio en la Revolución francesa el paso de la forma inorgánica del Estado a su forma orgánica? ¿No se preguntó si existía un hecho que puede ser explicado de otro modo

que por una disposición moral de la humanidad, de suerte que con él, de una vez para todas, sea demostrada la tendencia de la humanidad hacia el bien? Respuesta de Kant: Eso es la revolución. El instinto que fracasa en todo y en todos, la antinaturaleza como instinto, la decadencia alemana como filosofía, eso es Kant.

12

Dejo a un lado a algunos escépticos, el único tipo respetable en la historia de la filosofía; todos los demás desconocen las primeras exigencias de la probidad intelectual. Todos los que hacen como las damiselas, esos grandes charlatanes y monstruos, consideran ya como argumentos los bellos sentimientos, los altos pechos como un fuelle de la divinidad, la convicción como un criterio de verdad. Por último, Kant intentó también, con inocencia alemana, dar aspecto científico a esta forma de corrupción, a esta falta de conciencia intelectual, con el concepto de razón práctica; inventó propiamente una razón hecha a propósito para los casos en que no nos debemos preocupar de la razón; esto es, cuando oímos la de la moral, el sublime precepto del «tú debes». Si se considera que en casi todos los pueblos el filósofo es un desarrollo ulterior del tipo del sacerdote, no nos sorprenderá ya esta herencia del sacerdote, la acuñación de moneda para sí mismo. Cuando se tienen deberes sagrados, por ejemplo, el de salvar a los hombres, perfeccionarlos, redimirlos; cuando se lleva en el pecho la divinidad; cuando se es intérprete de imperativos ultramundanos, con semejante misión se está fuera de todas las valoraciones simplemente conformes a la razón, se está ya santificado por semejante misión, se es ya el tipo de un orden superior… ¿Qué le importa a un sacerdote la ciencia? ¡Está harto por encima de ella! ¡Y el sacerdote ha dominado hasta ahora! ¡Él fijó las nociones de verdadero y de falso!

13

No quitemos valor al hecho de que nosotros mismos, espíritus libres, somos ya una transmutación de todos los valores, una declaración viva de guerra y de victoria a todas las viejas ideas de verdadero y no verdadero. Las perspectivas más excelentes son las que se han encontrado más tarde; pero las perspectivas más excelentes son los métodos. Todos los métodos, todas las premisas de nuestra moderna mentalidad científica tuvieron en contra, durante miles de años, el más profundo desprecio; por ello se estaba excluido del comercio con los hombres honrados, se pasaba por enemigo de Dios, por despreciador de la verdad, por poseído del demonio. En calidad de caracteres científicos se era chandala… Está contra nosotros todo el *pathos* de la

humanidad, su concepto de lo que debe ser verdadero, de lo que debe estar al servicio de la verdad; todo imperativo tú debes se volvió hasta ahora contra nosotros… Nuestros objetos, nuestras prácticas, nuestra manera silenciosa, prudente, desconfiada, todo esto pareció a la humanidad completamente indigno y despreciable.

Por último, se podrá demandar equitativamente si no fue justamente un gusto estético el que tuvo a la humanidad en tan larga ceguera; exigía de la verdad un efecto pintoresco; exigía también que el investigador obrase rudamente sobre los sentidos. Nuestra modestia repugnó durante mucho tiempo su gusto; ¡oh, cómo adivinaron esos paveznos de Dios!…

14

Hemos renovado los métodos. En todos los campos somos ahora más modestos. Ya no derivamos al hombre del espíritu, de la divinidad; le hemos colocado entre los animales. Para nosotros es el animal más fuerte, porque es el más astuto: consecuencia de ello es su intelectualidad. Por otra parte, nos precavemos de una vanidad que querría hacer oír su voz también aquí; aquélla según la cual el hombre sería la gran intención recóndita de la evolución animal. No es en modo alguno el coronamiento de la creación; junto a él, toda criatura se encuentra al mismo nivel de perfección… Y al sostener esto, sostenemos aún demasiado; el hombre es, en un sentido relativo, el animal peor logrado, el más enfermizo, el más peligrosamente desviado de sus instintos, aunque por cierto, a pesar de todo esto, es el más interesante.

Por lo que se refiere a los animales, Descartes fue el primero que con venerable audacia aventuró la idea de considerar al animal como una máquina; toda nuestra fisiología se afana por demostrar esta proposición. Pero nosotros, lógicamente, no ponemos, como Descartes, aparte al hombre, lo que hoy, en general, se comprende del hombre, llega exactamente hasta el punto en que es comprendido como una máquina. Otrora se concedía al hombre, como un don proveniente de un poder superior, el libre albedrío; hoy le hemos quitado incluso la voluntad, en el sentido de que por voluntad no se puede entender una facultad. La antigua palabra voluntad sirve sólo para indicar una resultante, una especie de reacción individual que sigue necesariamente a una cantidad de estímulos, en parte contradictorios y en parte concordantes; la voluntad no obra ya, no mueve ya…

En otro tiempo, en la conciencia del hombre, en el espíritu, se columbraba la prueba de su alto origen, de su divinidad; para hacer perfecto al hombre se le aconsejó que ocultara en sí los sentidos lo mismo que las tortugas, que suspendiera sus relaciones con los hombres, que depusiera la envoltura mortal, entonces habría quedado de él lo principal: el espíritu puro. También sobre este punto pensamos nosotros mejor; el ser consciente, el espíritu, es considerado por nosotros

precisamente como síntoma de una relativa imperfección del organismo, como un intentar, un tentar, un fallar; como una fatiga en la que se gasta inútilmente mucha fuerza nerviosa; nosotros queremos que una cosa cualquiera pueda ser hecha de modo perfecto hasta cuando es hecha conscientemente. El espíritu puro es una pura impertinencia; si quitamos de la cuenta el sistema nervioso y los sentidos, la envoltura mortal, erramos el cálculo, y nada más.

15

Ni la moral ni la religión entran en contacto en el cristianismo con un punto cualquiera de la realidad. Causas puramente imaginarias (Dios, alma, yo, espíritu, libre albedrío y también voluntad no libre), efectos puramente imaginarios (pecado, redención, gracia, castigo, perdón de los pecados). Relaciones entre criaturas imaginarias (Dios, espíritu, alma); una ciencia natural imaginaria (antropocéntrica; falta completa de la noción de las causas naturales); una psicología imaginaria (completo desconocimiento de sí mismo, interpretación de sentimientos generales placenteros o desplacenteros; por ejemplo, de los estados del nervio simpático, con la ayuda del lenguaje figurado de una idiosincrasia religiosa-moral; arrepentimiento, remordimiento, tentación diabólica, la proximidad de Dios); una teología imaginaria (el reino de Dios, el juicio final, la vida eterna).

Este mundo, de pura ficción, se distingue perjudicialmente del mundo de los sueños, en que desvalora, niega la realidad. En cuanto el concepto de naturaleza fue encontrado como opuesto al de Dios, la palabra natural debía ser sinónima de reprobable; todo aquel mundo de ficción tiene su raíz en el odio contra lo natural (contra la realidad); es la expresión de un profundo disgusto de la realidad… Pero con esto todo queda explicado. ¿Quién es el que tiene motivos para salir, con una mentira, de la realidad? El que sufre por ella. Pero sufrir por la realidad significa ser una realidad mal lograda… El predominio de los sentimientos de desplacer sobre los de placer es la causa de aquella moral y aquella religión ficticias; pero ese predominio suministra la fórmula de la decadencia.

16

La crítica del concepto cristiano de Dios nos lleva a idéntica conclusión. En este concepto venera el cristiano las condiciones en virtud de las cuales se distinguen sus propias virtudes: proyecta el goce que encuentra en sí mismo su sentimiento de poderío en un ser al cual pueda estar agradecido por estas cualidades. Quien es rico quiere donar; un pueblo feroz tiene necesidad de un Dios para hacer sacrificios… La

religión, dentro de estas mismas premisas, es una forma de gratitud. Se es reconocido consigo mismo; para esto se tiene necesidad de un Dios. Un Dios semejante debe poder ayudar y damnificar, debe ser amigo y enemigo; se le admira en el bien como en el mal.

La castración, contraria a la naturaleza, de un Dios para hacer de él un Dios sólo del bien, estaría aquí fuera de toda deseabilidad. Hay necesidad del Dios malo tanto como del Dios bueno; no se debe la propia existencia precisamente a la tolerancia, a la filantropía… ¿Qué importancia tendría un Dios que no conociera la cólera, la venganza, la envidia, el escarnio, la violencia? ¿Que no conociera ni siquiera los fascinadores apasionamientos de la victoria y del aniquilamiento? Semejante Dios no se concebiría; ¿qué objeto tendría? Claro está que cuando un pueblo perece, cuando siente desvanecerse definitivamente la fe en su porvenir, la esperanza en su libertad, cuando la sujeción le parece la primera utilidad y las virtudes del esclavo son para él condiciones de conservación, entonces su Dios también debe transformarse. Entonces se hace astuto, miedoso, modesto, aconseja la paz del alma, el no odiar, la indulgencia hasta el amor del amigo y del enemigo. Moraliza siempre, se arrastra en la caverna de las virtudes privadas, se convierte en Dios para todos, se hace un hombre privado, cosmopolita… En otro tiempo, el Dios representaba un pueblo, la fuerza de un pueblo, todo lo que de agresivo y de sediento de poderío anidaba en el alma de un pueblo: ahora es simplemente el buen Dios…

En realidad, para los dioses no hay otra disyuntiva: o son la voluntad de poderío, y entonces serán los Dioses de un pueblo, o son la incapacidad de poderío, y entonces se hacen necesariamente buenos…

17

Donde en cualquier forma declina la voluntad de poderío, se da siempre a la vez una regresión fisiológica, una decadencia. La divinidad de la decadencia, mutilada de sus virtudes y de sus instintos viriles, es ahora necesariamente el Dios de los degenerados fisiológicamente, de los débiles. Éstos no se llaman a sí mismos los débiles; se llaman los «buenos»… Se comprende sin necesidad de explicaciones en qué momento de la historia se hace justamente posible la ficción dualística de un Dios bueno y de un Dios malo. Con el mismo instinto con que los sometidos rebajan su Dios al grado de bien en sí, cancelan las cualidades buenas del Dios de los vencedores: se vengan de su amo, haciendo del Dios de éstos un diablo. El Dios bueno es así también el diablo; ambos son partes de la decadencia.

¿Cómo es posible haberse rendido tanto a la simpleza de los teólogos cristianos, que se haya llegado a decretar con ellos que la evolución del concepto de Dios, del Dios de Israel, del Dios de un pueblo al Dios cristiano, al compendio de todos los bienes, es un progreso? Pero el mismo Renan lo decretó así. ¡Como si Renan tuviera

el derecho de ser simple! Sin embargo, lo contrario salta a los ojos. Si la suposición de la vida «ascendente», si todo lo que es fuerte, valeroso, soberano, fiero, es eliminado del concepto de Dios; si, paulatinamente, Dios se rebaja hasta llegar a ser el símbolo de un báculo para los fatigados, un áncora de salvación para todos los náufragos; si llega a ser el Dios de los pobres, el Dios de los pecadores, el Dios de los enfermos por excelencia, y el predicado de salvador, redentor, queda, por decirlo así, como el predicado divino en general, ¿de qué nos habla semejante transformación, semejante reducción de la divinidad? En efecto; con esto el reino de Dios ha llegado a ser más grande. En otro tiempo, Dios sólo tenía su pueblo, su pueblo elegido. Después se marchó al extranjero, lo mismo que su pueblo, en peregrinación, y desde entonces no residió ya fijamente en parte alguna: desde que se encontró dondequiera en su casa, él, el gran cosmopolita, desde que no tuvo de su parte el gran número y la mitad de la tierra. Pero el Dios del gran número, el demócrata entre los dioses, no por esto se hizo un fiero Dios pagano; siguió siendo hebreo, siguió siendo el Dios de todos los rincones y lugares oscuros, de todos los barrios insalubres del mundo entero… Luego como antes, su reino mundial es un reino del mundo subterráneo, un hospital, un reino de ghetto… Y él mismo es tan pálido, tan débil, tan decadente… Hasta los más pálidos entre los pálidos se hicieron dueños de él; los señores metafísicos, los albinos de la idea. Éstos tejieron lentamente en torno a él su telaraña, hasta que él, hipnotizado por sus movimientos, se convirtió a su vez en una araña, en un metafísico. Y entonces tejió el mundo, sacándolo de sí mismo —*sub specie Spinozae*— entonces se transfiguró en un ser cada vez más sutil y pálido, se convirtió en ideal, se hizo espíritu puro, llegó a ser lo absoluto, la cosa en sí… Decadencia de un Dios: Dios se hizo cosa en sí…

18

El concepto cristiano de Dios —el Dios entendido como Dios de los enfermos, como araña, como espíritu— es uno de los conceptos más corrompidos de la divinidad que se han forjado sobre la tierra; quizá represente el nivel más bajo en la evolución descendente del tipo de los dioses. Dios, degenerado hasta ser la contradicción de la vida, en vez de ser su glorificación y su eterna afirmación. La hostilidad declarada a la vida, a la naturaleza, a la voluntad de vivir, en el concepto de Dios. Dios, convertido en fórmula de toda calumnia, de toda mentira del más allá. ¡La nada divinizada en Dios, la voluntad de la nada santificada!

19

El hecho de que las razas fuertes de la Europa septentrional no hayan rechazado al Dios cristiano no hace honor verdaderamente a sus cualidades religiosas, para no hablar del buen gusto. Debieran haberse sacudido semejante aborto de la decadencia, enfermizo, decrépito. Pero como no se libraron de él, pesa sobre ellas, una maldición; acogieron en todos sus instintos la enfermedad, la vejez, la contradicción; desde entonces no crearon ya ningún Dios. ¡En casi dos milenios, ni un solo nuevo Dios! Pero, en cambio, sostuvieron siempre, como si existiera de derecho, como un *ultimum* y un *maximum* de la fuerza que crea los dioses, del *creator spiritus* en el hombre, este Dios, digno de compasión, del monótono teísmo cristiano. Esta híbrida creación de decadencia extraída del cero, que es concepto de contradicción, en la que todos los instintos de la decadencia, todas las vilezas y los tedios del alma encuentran su sanción.

20

No desearía haber ofendido, con mi condenación del cristianismo, una religión afín, que ha prevalecido sobre el cristianismo por el número de los que la profesan: el budismo. Ambas están vinculadas entre sí como religiones nihilistas, son religiones de decadencia; pero se distinguen una de otra del modo más notable. Si hoy se pueden parangonar entre sí, es cosa de que el crítico del cristianismo está profundamente agradecido a los doctos indios.

El budismo es cien veces más realista que el cristianismo; tiene en su cuerpo la herencia de la posición objetiva y audaz de los problemas; viene después de un movimiento filosófico durante cientos de años; cuando llega, la idea de Dios está ya acabada. El budismo es la única religión realmente positivista que la historia nos muestra, aun en su teoría del conocimiento (un severo fenomenalismo); no habla ya de lucha contra el pecado, sino que, dando plena razón a la realidad, dice lucha contra el sufrir. Tiene —y esto le distingue profundamente del cristianismo— detrás de sí la automistificación de los conceptos morales; está, hablando en mi lenguaje, más allá del bien y del mal. Los dos hechos fisiológicos sobre los cuales se funda y que tiene presentes son: en primer lugar, una excesiva irritabilidad de la sensibilidad, que se manifiesta como refinada capacidad para el dolor; en segundo lugar, excesiva espiritualización, un vivir demasiado largo entre conceptos y procedimientos lógicos, por el cual el instinto de la persona ha quedado lesionado en provecho del instinto impersonal (ambos son estados de ánimo, que por lo menos algunos de mis lectores, los objetivos, conocerán por experiencia como los conozco yo). A base de estas condiciones fisiológicas se ha producido una depresión: ésta la combate Buda con la higiene. Contra la depresión, emplea la vida al aire libre, la vida errante; la sobriedad y la selección en los manjares; la prudencia ante los licores; igualmente la vigilancia contra todas las emociones que producen bilis y calentamiento de la sangre; ninguna

preocupación, ni para sí ni para los demás. Reclama ideas que calmen y serenen, encuentra medios para desembarazarse de las ideas contrarias. Imagina la bondad, el ser bueno, como favorable a la salud. La oración es excluida, así como el ascetismo; nada de imperativos categóricos, ninguna constricción en general, ni siquiera en el seno de las comunidades conventuales (de las cuales se puede salir). Todos éstos fueron medios para fortalecer aquella excitabilidad demasiado grande. Precisamente por esto no exige ninguna lucha contra los que piensan de modo distinto; contra nada se defiende más su doctrina que contra el sentimiento de la venganza, de la aversión, del rencor (la enemistad no termina mediante la enemistad: éste es el conmovedor *retornello* de todo el budismo)… Y esto con razón: precisamente estas emociones serían totalmente malsanas con relación al fin dietético principal. El cansancio intelectual, que ha encontrado existente, y que se expresa en una demasiado grande objetividad (o sea, debilitamiento del interés individual, pérdida del centro de gravedad de egoísmo) es combatida por él refiriendo rigurosamente a la persona los intereses más espirituales. En la doctrina de Buda, el egoísmo se convierte en deber; la sentencia «sólo es necesaria una cosa», la pregunta ¿cómo te librarás del sufrimiento?, regulan y circunscriben todo el régimen espiritual. (Quizá se deba recordar aquel ateniense que hizo igualmente guerra a la ciencia pura, Sócrates, que elevó también, en el reino de los problemas, el egoísmo personal al grado de moral).

21

Condición preliminar del budismo es un clima muy suave, una gran dulzura y liberalidad en las costumbres, la ausencia del militarismo, y el hecho de que el movimiento tenga su foco en las clases superiores y hasta en las clases doctas. Se quiere la serenidad, la calma, la ausencia de deseos como meta suprema, y se alcanza esta meta. El budismo no es una religión en que se aspire simplemente a la perfección: la perfección es el caso normal.

En el cristianismo aparecen ante todo los instintos de los sojuzgados y de los oprimidos; los estratos más bajos son los que buscan en él la salvación. En él la casuística del pecado, la crítica de sí mismo, la inquisición de la conciencia es ejercida como ocupación, como remedio contra el aburrimiento; sin cesar se mantiene vivo el afecto hacia un poderoso, llamado Dios (mediante la oración); lo más alto es considerado inaccesible, es tenido como don, como gracia. Falta también la publicidad; el escondite, el lugar oscuro, es cristiano. El cuerpo es despreciado, la higiene repudiada como sensualidad; la Iglesia se previene hasta contra la limpieza (la primera medida tomada por los cristianos en España después de la expulsión de los moriscos fue la clausura de los baños públicos, de los cuales sólo en Córdoba había unos doscientos setenta). Cristiano es un cierto sentido de la crueldad, contra sí mismo y contra los demás; el odio contra los infieles; la voluntad de persecución.

Ante todo se cultivan las imágenes foscas y excitantes: los estados de ánimo más deseados, designados con los nombres más altos, los estados epileptoides: se practica la dieta para favorecer los estados morbosos y para sobrexcitar los nervios. Cristiana es la enemistad mortal hacia los poderosos de la tierra, hacia los nobles y, al mismo tiempo, una secreta concurrencia (se les deja el cuerpo, se quiere solamente el alma) … Cristiano es el odio contra el espíritu, contra la fiereza, contra el valor, contra la libertad, el libertinaje del espíritu; cristiano es el odio contra los sentidos, contra toda clase de goces.

22

Cuando el cristianismo abandonó su primitivo terreno, es decir los estratos sociales más humildes, el «subsuelo» del mundo antiguo; cuando alcanzó poderío entre los pueblos bárbaros, no contó ya, como condición preliminar en su nuevo terreno, con hombres fatigados, sino con hombres interiormente salvajes que se destrozaban recíprocamente: el hombre fuerte, pero mal constituido. El descontento de sí propio, el sufrimiento de sí mismo, no es ya aquí como entre los budistas una excesiva excitabilidad y capacidad de dolor, sino, en cambio, más bien un deseo preponderante de desfogar la tensión interna en acciones e ideas hostiles. El cristianismo tuvo necesidad de conceptos y valores bárbaros para hacerse dueño de los bárbaros: tales son el sacrificio del primogénito, el beber sangre en la sagrada comunión, el desprecio del espíritu y de la cultura; el tormento en todas sus formas, corporal y espiritual; la gran pompa del culto. El budismo es una religión para hombres tardíos, para razas bonachonas, suaves, ultraespirituales, que sienten fácilmente el dolor (Europa no está todavía, ni mucho menos, madura para el budismo): es una reconducción de aquellas razas a la paz y a la serenidad, a la dieta en las cosas del espíritu, a un cierto endurecimiento en las cosas corporales. El cristianismo quiere dominar sobre animales de presa: su procedimiento es convertirlos en enfermos: el debilitamiento es la receta cristiana para la domesticación, para la civilización. El budismo es una religión encaminada al fin y estancamiento de la civilización, el cristianismo no encuentra aún la civilización ante sí; en circunstancias la crea.

23

Digamos también que el budismo es cien veces más frío, más veraz, más objetivo. No tiene necesidad de hacer decentes sus sufrimientos, su capacidad de dolor, mediante la interpretación del pecado; dice simplemente lo que piensa: yo sufro. Para

el bárbaro, en cambio, el sufrir no es nada de respetable en sí: precisamente tiene necesidad de una interpretación para confesarse a sí mismo que sufre (su instinto le lleva más bien a negar el sufrimiento, a soportarlo en silencio). En este caso la palabra diablo fue un beneficio; de esta manera se consiguió un enemigo muy poderoso y temible, ya no hubo necesidad de avergonzarse de sufrir por tal enemigo.

El cristianismo posee en el fondo algunas sutilezas que pertenecen al Oriente. En primer lugar, sabe que es completamente igual que una cosa sea o no sea verdadera, y que lo que importa es la medida en que es creída verdadera. La verdad y la creencia en la verdad de una cosa son dos mandos de intereses completamente extraños el uno al otro, son casi dos mundos opuestos, se va del uno al otro por caminos profundamente diversos. Conocer esto forma casi la sabiduría en Oriente: así lo comprende el brahmán, así lo comprende Platón, y todos los discípulos de la ciencia esotérica. Si, por ejemplo, se encuentra alguna felicidad en creerse libres de pecado, como premisa de esto no es necesario que el hombre sea pecador, sino que se sienta pecador. Pero si sobre todo es necesaria en general una fe, se debe desacreditar la razón, la lógica, la especulación: el camino que conduce a la verdad es un camino ilícito.

Una gran esperanza es un estimulante de la vida mucho mayor que cualquier felicidad realmente experimentada. Hay que sostener a los que sufren con una esperanza que no pueda ser contradicha con ninguna realidad, que no pueda ser eliminada por el cumplimiento; mediante una esperanza en el más allá. (Precisamente a causa de ésta su idoneidad para sostener a los infelices, la esperanza fue considerada por los griegos como el mal de los males, como el mal verdaderamente pérfido: es el fondo de la caja de los males). Para que sea posible el amor, Dios debe ser una persona; para que los instintos más bajos puedan tener voz, Dios debe ser joven. Ante todo hay que poner al fervor de las mujeres un santo que sea bello, al de los hombres a una María. Porque hay que establecer la premisa de que el cristianismo quiere dominar en un terreno en el que los cultos afrodisíacos o de Adonis han determinado el concepto del culto. La exigencia de la castidad refuerza la vehemencia y la profundidad del instinto religioso, hace que el culto sea más ardiente, más entusiasta, más lleno de alma.

El amor es el estado de ánimo en que el hombre ve con preferencia las cosas tal como éstas no son. En el amor, la fuerza de la ilusión ha llegado a culminar, así como aquella fuerza que suaviza y transfigura. En el amor se soporta más que en cualquier otro estado, se tolera todo. Se trataba de encontrar una religión en que se pudiera ser amado: con esto se está por encima de las peores vicisitudes de la vida, ya no se sienten. Esto por lo que se refiere a las tres virtudes cristianas: fe, esperanza y amor: yo las llamo las tres habilidades cristianas. El budismo es demasiado tardío, demasiado positivista, para ser tenido como sabio en esta forma.

24

Aquí estudio sólo el problema del nacimiento del cristianismo. La primera proposición para resolverlo es ésta: el cristianismo sólo se puede comprender partiendo del terreno en que ha crecido; no es un movimiento contrario al instinto judaico; por el contrario, es su consecuencia lógica, es una ulterior conclusión en la terrible lógica de aquel instinto. En la fórmula del Redentor: La salvación viene de los hebreos.

La segunda proposición es ésta: el tipo psicológico del Galileo es aún reconocible, pero sólo en su completa degeneración (que es al mismo tiempo una mutilación y una enorme adición de rasgos extranjeros), pudo servir para lo que estaba destinado, o sea para dar el tipo de un redentor de la humanidad.

Los hebreos son el pueblo más extraordinario en la historia del mundo, porque, colocados ante el problema de ser o no ser, con conciencia totalmente admirable prefirieron el ser a toda costa; y esta costa fue la falsificación radical de toda la naturaleza, de toda naturaleza, de toda realidad, de todo el mundo interior, así como de todo el mundo exterior. Trazaron un límite contra todas las condiciones en las cuales hasta ahora un pueblo podía y debía vivir, se crearon para su uso propio un concepto opuesto de condiciones naturales, invirtieron sucesivamente la religión, el culto, la moral, la historia, la psicología, de un modo irremediable, haciendo de él la «contraposición de sus valores naturales». Nosotros encontramos una vez más el mismo fenómeno y en proporciones enormemente mayores, pero sólo todavía como una copia: la Iglesia cristiana carece, frente al pueblo de los santos, de cualquier pretensión a la originalidad. Precisamente por esto, los hebreos son el pueblo más fatal de la historia del mundo: con sus ulteriores efectos hicieron de tal manera falsa a la humanidad, que aún hoy el cristiano puede tener sentimientos antijudaicos sin comprender que él es la «última consecuencia del judaísmo».

En mi *Genealogía de la moral* he adoptado por primera vez, psicológicamente, el concepto de contraste entre una moral noble y una moral de rencor, de las cuales la segunda nace del «no» dicho a la primera: pero ésta es completamente la moral judío-cristiana. Para poder decir no a todo lo que constituye el movimiento ascendente de la vida, la buena constitución, el poder, la belleza, la afirmación de sí mismo sobre la tierra, el instinto de rencor, hecho aquí numen, tuvo que inventar otro mundo, partiendo del cual aquella afirmación de la vida aparecía como el mal, como la cosa más reprobable en sí. Desde el punto de vista psicológico, el pueblo judío es un pueblo que manifiesta una fuerza vital tenacísima, y que, colocado en una situación imposible, toma voluntariamente, por la más profunda habilidad del instinto de conservación, el partido de todos los instintos de la decadencia, no ya dejándose dominar por ellos, sino habiendo adivinado en ellos una fuerza con la cual se puede desarrollar contra el mundo. Los hebreos son lo opuesto a todos los decadentes:

tuvieron que sostener el partido de los decadentes hasta dar la ilusión, y con un non plus ultra del genio histriónico supieron colocarse en el vértice de todos los movimiento de decadencia (en calidad del cristianismo de Pablo), para crear de sí algo más fuerte que un partido cualquiera que afirmase la vida. Para aquella especie de hombres que en el judaísmo y en el cristianismo llegó al poder, la decadencia es una forma sacerdotal, es sólo un medio: esta especie de hombres tiene un interés vital en hacer que la humanidad enferme y en invertir, en sentido peligroso para la vida y calumniador para el mundo, los conceptos de bien y mal, verdadero y falso.

25

La historia de Israel tiene un valor inapreciable como historia típica de toda desnaturalización de los valores naturales: señalaré cinco hechos de ésta.

En el origen, sobre todo en la época de los reyes, el mismo Israel estaba en relaciones justas, o sea naturales, con las cosas todas. Su Javeh era la expresión de la conciencia de poderío, el gozo de sí mismo, la esperanza de sí mismo; en él se esperaba victoria y salvación, con él se tenía confianza en la naturaleza, se aguardaba que la naturaleza diera aquello de que el pueblo tenía necesidad, sobre todo la lluvia. Javeh es el Dios de Israel y por consiguiente el Dios de la justicia: ésta es la lógica de todo pueblo fuerte y que posee conciencia perfecta de su propio poder. En los ritos festivos se manifiestan estos dos aspectos de la afirmación que de sí mismo hace un pueblo: este pueblo es reconocedor de los grandes destinos en virtud de los cuales ascendió mucho, y de la sucesión de las estaciones y de su fortuna en el pastoreo y en la agricultura.

Durante mucho tiempo este estado de cosas es el ideal, aún cuando estaba ya dolorosamente suprimido en virtud de la anarquía en el interior y de los asirios en el exterior. Pero el pueblo conservó como aspiración suprema aquella visión de un rey buen soldado y juez austero: la conservó sobre todo aquel típico profeta (o sea crítico y satírico del momento) llamado Isaías.

Pero todas las esperanzas resultaron incumplidas. El viejo Dios no podía ya nada de lo que pudo en otro tiempo. Había que abandonarle. ¿Qué sucedió? Se alteró su concepción, se desnaturalizó su concepción: a tal precio se conservó.

Javeh, el Dios de la justicia, no fue ya una misma cosa con Israel, una expresión del sentimiento personal del pueblo: fue desde entonces un Dios bajo condiciones…; su concepción fue un instrumento en manos de los agitadores sacerdotales, los cuales desde entonces interpretaron toda fortuna como premio y toda desventura como castigo de una desobediencia a Dios, aquella manera mentirosa de interpretar un pretenso orden moral del mundo por la cual, de una vez para siempre, fue invertido el concepto natural de causa y efecto. Cuando con el premio y el castigo se ha arrojado del mundo la causalidad natural, hay necesidad de una causalidad contraria a la

naturaleza; y luego sigue todo el resto de las cosas innaturales. Un Dios que exige, en lugar de un Dios que socorre, que aconseja, que es, en el fondo, el verbo de toda feliz inspiración del valor y de la confianza en sí. La moral no es ya expresión de las condiciones de vida y de crecimiento de un pueblo, no es ya su más profundo instinto de vida, sino que se ha vuelto abstracta, se ha vuelto contraria a la vida; la moral es la perversión sistemática de la fantasía, es la mala mirada para todas las cosas. ¿Qué es la moral judaica, qué es la moral cristiana? Es el acaso que ha perdido su inocencia; es la desventura manchada con el concepto de pecado; es el bienestar considerado como peligro, como tentación; el malestar fisiológico envenenado por el gusano del remordimiento…

26

El concepto de Dios, falsificado; el concepto de moral, falsificado; a este punto no se ciñó el sacerdote judaico. No podemos utilizar toda la historia de Israel: echémosla lejos. Así dijeron los sacerdotes.

Estos sacerdotes realizaron aquel prodigio de falsificación, del cual es prueba gran parte de la Biblia: transfirieron al campo religioso el pasado de su propio pueblo con un incomparable desprecio de toda tradición, de toda realidad histórica; es decir, hicieron de aquel pasado un estúpido mecanismo de salvación, un mecanismo de culpa contra Javeh y del consiguiente castigo, de devoción a Javeh y del consiguiente premio. Experimentaríamos una impresión mucho más dolorosa de este vergonzoso acto de falsificación de la historia, si la interpretación eclesiástica de la historia, desde hace milenios acá, no nos hubiese hecho obtusos para las exigencias, de la probidad *in historicis*. Y los filósofos secundaron a la Iglesia: la mentira del orden moral del mundo invadió todo el campo de la filosofía moderna. ¿Qué significa orden moral del mundo? Que hay, de una vez para siempre, una voluntad de Dios respecto de lo que el hombre debe hacer o dejar de hacer; que el valor de un pueblo, de un individuo, se mide por el grado de obediencia prestada a la voluntad divina; que en los destinos de un pueblo, de un individuo, se muestra como dominante la voluntad de Dios, o sea como punitiva y remunerativa, según el grado de obediencia. La realidad puesta en el lugar de esta miserable mentira, significa: una raza parasitaria de hombres que prospera únicamente a expensas de todas las formas sanas de la vida, la raza del sacerdote, que abusa del nombre de Dios, que llama reino de Dios a un estado social en el que el sacerdote fija el valor de las cosas, que llama voluntad de Dios a los medios con los cuales semejante estado es conseguido o conservado; que, con frío egoísmo, mide los pueblos, los tiempos, los individuos, por el hecho de que ayuden o contraríen el predominio de los sacerdotes. Obsérvese cómo trabajan los sacerdotes: en manos de los sacerdotes hebreos la gran época de la historia de Israel se convirtió en una época de decadencia; el destierro, la larga desventura, se transformó en un

eterno castigo por la gran época, por una época en que el sacerdote no era aún nada. De las grandes figuras de la historia de Israel, de aquellas figuras, muy libres, hicieron, según las necesidades, miserables hipócritas o socarrones o ateos, simplificaron la psicología de todo gran acontecimiento en la fórmula idiota de obediencia o desobediencia a Dios. Un paso más, la voluntad de Dios (o sea las condiciones de conservación del poder de los sacerdotes) debe ser conocida; a este fin es necesaria una gran falsificación literaria, es descubierta una Sagrada Escritura, es publicada bajo la pompa hierática, con días de expiación y lamentaciones sobre el largo pecado. La voluntad de Dios estaba fijada durante dilatado tiempo: la desgracia fue que el pueblo se alejó de ella… Ya Moisés había recibido la revelación de la voluntad de Dios… ¿Qué sucedió? El sacerdote había formulado, con rigor y pedantería, de una vez para siempre, hasta los grandes y pequeños impuestos que se debían pagar (sin olvidar los mejores trozos de carne, porque el sacerdote es un gran devorador de bistec), lo que quiere tener, lo que es voluntad de Dios… Desde entonces todas las cosas de la vida quedaban reglamentadas de modo que el sacerdote era en todas partes indispensable; en todas las vicisitudes naturales de la vida, en el nacimiento, en el matrimonio, en las enfermedades, en la muerte, para no hablar del sacrificio (de la Cena), aparece el santo parásito, para quitarles su carácter natural, o, según su lenguaje, para santificarlas…

Porque hay que comprender esto: toda costumbre natural, toda institución natural (Estado, tribunales, bodas, asistencia a los enfermos y a los pobres), toda exigencia inspirada por el instinto de la vida, en resumen, todo lo que tiene en sí su valor, es, por el parasitismo del sacerdote (o del orden moral del mundo), privado sistemáticamente de valor, opuesto a su valor: y luego es precisa una sanción, es necesario un poder valorizador que niegue en aquellas cosas la naturaleza, y cree para ellas precisamente un valor… El sacerdote desvalora, quita santidad a la naturaleza: a este precio, en general, existe. La desobediencia de Dios, o sea al sacerdote, a la ley, recibe de ahora en adelante el nombre de pecado: los medios para reconciliarnos con Dios son, como se ha convenido, medios por los que la sujeción al sacerdote es garantizada aún profundamente: el sacerdote es el único que puede salvar…

Desde el punto de vista psicológico, en toda sociedad u organización sacerdotal los pecados se hacen indispensables: son los verdaderos manipuladores del poder; el sacerdote vive de los pecados, tiene necesidad de que haya pecadores… Principio supremo: «Dios perdona a los que hacen penitencia»; en otros términos: Dios perdona a quien se somete al sacerdote.

27

En este terreno tan falso, en que toda la naturaleza, todo valor natural, toda realidad tenía contra sí los más profundos instintos de la clase dominante, creció el

cristianismo, forma de enemistad mortal hacia la realidad aún no superada. El pueblo santo, que para todas las cosas sólo conservaba valores sacerdotales y palabras sacerdotales, y, con una lógica de argumentación que puede inspirar terror, había separado de sí como ejemplo, como mundo, como pecado, todo lo que de poderío existía aún en la tierra; este pueblo creó por instinto una última fórmula, lógica hasta la negación de sí misma: como cristiano, negó hasta la última forma de la realidad, el pueblo santo, el pueblo de los elegidos, la misma realidad hebrea. Éste es un caso de primer orden: el pequeño mundo insurreccional que fue bautizado con el nombre de Jesús de Nazaret, es una vez más el instinto judaico, en otros términos, el instinto de los sacerdotes que no soporta ya al sacerdote como realidad; es la invención de una forma de existencia aún más abstracta, de una visión del mundo aún más irreal que la que va unida a la organización de una Iglesia. El cristianismo niega a la Iglesia.

Yo no sé contra quién se dirigía la insurrección de la cual Jesús fue considerado acertada o equivocadamente como autor, si no fue contra la Iglesia judaica, dando a la Iglesia exactamente el sentido en que hoy tomamos esta palabra. Fue una insurrección contra los buenos y los justos, contra los Santos de Israel, contra la jerarquía de la sociedad, no contra la corrupción de la sociedad, sino contra la casta, el privilegio, el orden, la fórmula; fue la incredulidad en los hombres superiores, un «no» dicho a todo lo que era sacerdote y teólogo. Pero la jerarquía que con aquella insurrección, aun cuando no fuera sino por un momento, se puso en pleito, era la construcción lacustre en que el pueblo hebreo continuó existiendo sobre las aguas, la última posibilidad fatigosamente conseguida de sobrevivir, el residuo de su existencia política particular: un ataque contra ella era un ataque contra el más profundo instinto del pueblo, contra la más tenaz voluntad de vivir de un pueblo que jamás ha existido en la tierra.

Este santo anárquico, que llamó a la revuelta contra el orden dominante al bajo pueblo, a los réprobos y pecadores; a los chandala, en el seno del judaísmo, con un lenguaje, si hemos de dar fe a los Evangelios, que aun hoy conduciría a un hombre a la Siberia, fue un delincuente político en la medida en que los delincuentes políticos eran posibles en una comunidad absurdamente impolítica. Esto le condujo a la Cruz. Murió por su culpa; falta todo motivo para creer que muriera por culpa de otros, aunque esto se ha sostenido repetidamente.

28

Cosa completamente distinta es si tuvo en general conciencia de semejante contradicción, o si no fue simplemente considerado como esta contradicción. Y justamente aquí toco yo el problema de la psicología del redentor.

Confieso que pocos libros leo con tanta dificultad como los Evangelios. Estas dificultades son diferentes de aquéllas en cuya demostración la docta curiosidad del

espíritu alemán ha conseguido uno de sus más innegables triunfos. Es ya remoto el tiempo en que también yo, como todo joven docto, saboreaba, con la prudente lentitud de un filólogo refinado, la obra del incomparable Strauss. Tenía entonces veinte años: hoy soy demasiado serio para estas cosas. ¿Qué me importan a mí las contradicciones de la tradición? ¿Cómo se puede llamar tradiciones a las leyendas genéricas de santos? Las historias de santos son la literatura más equívoca que existe: emplear con ellas métodos científicos, «si no poseemos otros» documentos, me parece cosa condenada a priori; es un simple pasatiempo de eruditos.

29

Lo que a mí me importa es el tipo psicológico del redentor. Éste podría estar contenido en los Evangelios a despecho de los Evangelios, por cuanto éstos son mutilados o sobrecargados de rasgos extraños: como el tipo de Francisco de Asís está contenido en sus leyendas a despecho de sus leyendas. No se trata de la verdad sobre aquello que él ha hecho o dicho, sobre el modo como murió realmente, sino del problema de si su tipo puede ser en general representado aún, si es tradicional.

Las tentativas que yo conozco de leer en los Evangelios hasta la historia de un alma, me parecen pruebas de una ligereza psicológica abominable. El señor Renan, este payaso *in psychologicis*, ha aportado para su explicación del tipo de Jesús las dos ideas más inadecuadas que a este propósito se pudieran imaginar: la idea de genio y la idea de héroe (*heros*). Pero si hay una idea poco evangélica, es la idea de héroe. Aquí se ha convertido en instinto precisamente lo contrario de toda lucha, de todo sentimiento de lucha: aquí, la incapacidad de resistir se hace moral (no resistir al mal es la más profunda palabra del Evangelio, en cierto sentido es su clave), la beatitud está en la paz, en la dulzura del ánimo, en la imposibilidad de ser enemigos. ¿Qué significa la buena nueva? Significa que se ha hallado la verdadera vida, la vida eterna, no en una promesa, sino que ya existe, está en nosotros; como un vivir en el amor, en el amor sin detracción o exclusión, sin distancia. Cada uno de nosotros es hijo de Dios…; Jesús no pretende absolutamente nada por sí solo; cada uno de nosotros es igual a otro como hijo de Dios…

¡Hacer de Jesús un héroe!… ¡Y qué error la palabra genio! Todo nuestro concepto, todo concepto de espíritu propio de nuestra cultura carece de sentido en el mundo en que vive Jesús. Para hablar con el rigor del fisiólogo, aquí estaría en su puesto otra palabra… Nosotros conocemos un estado de morbosa excitabilidad del sentido del tacto, que retrocede ante todo contacto, ante la idea de apresar cualquier objeto sólido. Transportemos a su última lógica semejante *habitus* fisiológico, como odio instintivo de toda realidad, como una fuga a lo intangible, a lo incomprensible, como repugnancia a toda fórmula, a toda noción de tiempo y de espacio, a todo lo que es fijo, costumbre, institución, Iglesia; como un habitar en un mundo no tocado

de ninguna especie de realidad, en un mundo simplemente interior, verdadero, eterno… «El reino de Dios está en vosotros»…

30

El odio instintivo contra la realidad es consecuencia de una extrema incapacidad de sufrimiento y de irritación, que no quiere ya ser en general tocada, porque de todo contacto recibe una impresión demasiado profunda.

La exclusión instintiva de todo lo que nos repugna, de toda enemistad, de todo límite y distancia en el sentimiento, es consecuencia de una extrema incapacidad de sufrimiento y de irritación, que siente ya como un dolor intolerable (o sea como nocivo, como desaconsejado por el instinto de conservación) toda resistencia, toda necesidad de resistir, y sólo conoce la beatitud (el placer) en no oponerse ya a nada, ni al alma ni al bien, y considerar el amor como la única, como la última posibilidad de vida.

Éstas son las dos realidades fisiológicas sobre las cuales y de las cuales ha crecido la doctrina de la redención. La llamo un sublime ulterior desarrollo del hedonismo sobre bases completamente morbosas. Contiguo a éste, si bien con fuerte adición de vitalidad y fuerza nerviosa griega, está el epicureísmo, la doctrina pagana de la redención. Epicuro fue un decadente típico: yo fui el primero en reconocerle como tal. El miedo al dolor, hasta de lo que en el dolor hay de infinitamente pequeño, no puede fundar otra cosa que una religión del amor.

31

Por anticipado he dado mi respuesta al problema. Su premisa es ésta: que el tipo del Redentor nos ha sido transmitido de un modo completamente desfigurado. Esta desfiguración tiene en sí mucha verosimilitud: semejante tipo no podía, por muchas razones, subsistir puro, entero. El ambiente en que se movió esta extraña figura debió dejar huellas en él, y aún más la historia, la índole de las primeras comunidades cristianas: esta índole, reaccionando sobre el tipo, lo enriqueció con rasgos que se deben interpretar como motivados por el proselitismo y con fines de propaganda. Aquel mundo extraño y enfermizo en que nos introducen los Evangelios, un mundo que parece salido de una novela rusa, en que los desechos de la sociedad, las enfermedades nerviosas y un pueril idiotismo parecen darse cita, debe en todo caso haber formado el tipo más grosero: particularmente los primeros discípulos traducen en su propia crudeza un ser ondulante constantemente entre símbolos y cosas incomprensibles, para poder comprender de ellos alguna cosa; para ellos, el tipo no

existió hasta que pudo ser adaptado a otras formas más conocidas. El profeta, el Mesías, el futuro juez, el maestro de moral, el taumaturgo, Juan Bautista, fueron otras tantas ocasiones para hacer que variase el tipo…

Finalmente, no despreciemos lo que es propio de toda gran veneración, especialmente de una veneración sectaria; ésta borra en la criatura venerada los rasgos originales, a menudo penosamente extraños, y las idiosincrasias: ni los ve siquiera. Habría que lamentar que un Dostoyevski no hubiera vivido cerca de este interesantísimo decadente, o sea un hombre que supiera sentir precisamente el encanto irresistible de semejante mezcla de sublimidad, de enfermedad y de puerilidad. Un último punto de vista: el tipo podría, en calidad de tipo de decadencia, haber sido efectivamente múltiple y contradictorio de modo particular: no se puede excluir totalmente tal posibilidad. Sin embargo, todo nos induce a negarla: precisamente en este caso la tradición debería ser notablemente fiel y objetiva; pero nosotros tenemos razón para admitir lo contrario de esto. Entretanto es manifiesta una contradicción entre el predicador de la montaña, del lago y de los campos, cuya aparición exige una especie de Buda sobre un terreno mucho menos indio, y aquel fanático del ataque, aquel enemigo mortal de los teólogos y de los sacerdotes, que la malignidad de Renan glorificó como *le grand maître en ironie*. Yo mismo no dudo que una cantidad copiosa de bilis (y hasta de *esprit*) se haya vertido sobre el tipo del maestro por el estado de ánimo excitado de la propaganda cristiana: se conoce muy bien la falta de escrúpulos de todos los sectarios cuando hacen la propia apología partiendo de su maestro. Cuando la primera comunidad necesitó de un teólogo judicante, litigante, furioso, malignamente sutil, contra los teólogos, se creó su Dios según sus necesidades: y sin ambages puso en su boca aquellos conceptos totalmente no evangélicos de que no podía prescindir, los del retorno, del juicio final, de toda clase de expectaciones y promesas temporales…

32

Insisto que no admito que se introduzca el fanático en el tipo del redentor: la palabra *impérieux*, de que se sirve Renan, ya basta por sí sola para anular el tipo. La buena nueva es precisamente ésta, que ya no hay contradicciones; el reino de los cielos pertenece a los niños; la fe que se hace sentir no es una fe conquistada, existe, es desde el principio, es, por decirlo así, una puerilidad referida al campo espiritual. El caso de la pubertad retrasada y no desarrollada, en el organismo, como lógica consecuencia de la degeneración, es familiar por lo menos a los fisiólogos.

Semejante fe no se encoleriza, no censura, no se defiende, no empuña la espada, no sospecha siquiera en qué medida podría un día dividir a los hombres. No se demuestra ni con los milagros, ni con premios, ni con promesas, y mucho menos con la escritura: ella misma es en todo momento su milagro, su premio, su demostración,

su reino de Dios. Esta fe no se formula siquiera, vive y se guarda de las fórmulas. Ciertamente, el caso del ambiente, de la lengua, de la educación, determina cierto círculo de ideas: el cristianismo primitivo manipula únicamente ideas semiticojudaicas (el comer y beber en la Santa Cena forma parte de tales ideas; de esta idea abusó malamente la Iglesia, como de todo lo judaico). Pero cuidémonos de ver en esto más que un lenguaje figurado, una semiótica, una ocasión de crear símbolos. Para este antirrealista el hecho de que ninguna palabra fuera tomada a la letra era la condición preliminar para poder hablar en general. Entre los indios se habría servido de las ideas de Sankhyam, entre los chinos, de las de Laotse, sin encontrar diferencias entre éstas. Con una cierta tolerancia en la expresión, podríamos decir de Jesús que era un espíritu libre, rechazaba todo lo dogmático: la letra mata, todo lo que es dogmático mata. El concepto, la experiencia, la vida, como sólo él la conoce, se opone para él a toda especie de palabra, de fórmula, de ley, de fe, de dogma. Sólo habla de lo más entrañable: vida, o verdad, o luz son las palabras de que se sirve para indicar las cosas más íntimas; todo lo demás, toda la realidad, toda la naturaleza, la lengua misma, sólo tiene, para él el valor de un signo, de un símbolo.

En este punto no debemos engañarnos, por grande que sea la seducción que existe en el prejuicio cristiano, o, mejor, eclesiástico: semejante simbolista por excelencia está fuera de toda religión, de toda idea de culto, de toda historia, de toda ciencia natural, de toda experiencia del mundo, de toda ciencia, de toda política, de toda psicología, de todos los libros y de todas las artes; su sabiduría consiste precisamente en que creer que existan cosas de este género es pura locura. La cultura no le es conocida ni de oídas, no tiene necesidad de luchar contra ella, no la niega… Lo mismo se puede decir del Estado, de toda organización y de la sociedad burguesa, del trabajo, de la guerra; no tuvo nunca motivo para negar el mundo, ni siquiera sospechó el concepto eclesiástico del mundo…; precisamente lo que no puede hacer es negar.

También falta la dialéctica, falta la idea de que una fe, una verdad, puede ser demostrada con argumentos (sus pruebas son luces internas, sentimientos internos de placer y afirmaciones internas de sí mismo, simples pruebas de Fuerza).

Semejante doctrina no puede ni siquiera contradecir; no comprende que haya otras doctrinas, que pueda haberlas: no sabe imaginar un criterio opuesto… Cuando lo encuentra se entristece, por íntima compasión, de la ceguera —porque ve la luz—, pero no hace objeciones.

33

En toda la psicología del Evangelio falta el concepto de culpa y castigo y asimismo el de recompensa. El pecado, cualquier relación de distancia entre Dios y el hombre, es abolido; precisamente ésta es la buena nueva. La felicidad no es prometida, no está sujeta a condiciones, es la única realidad; lo demás son signos que

sirven para hablar de ella…

La consecuencia de tal estado de ánimo se proyecta en una nueva práctica, en la verdadera práctica evangélica. Lo que distingue al cristiano no es una fe: el cristiano obra, se distingue, por otro modo de obrar. Se distingue en que no ofrece resistencia, ni con sus palabras ni con su corazón, a quien le hace daño; no hace diferencia entre extranjero y conciudadano, entre hebreos y no hebreos (el prójimo es realmente el compañero de fe, el hebreo); el que no se encoleriza contra nadie ni desprecia a nadie; el que no se deja ver en los tribunales ni reclama cosa alguna (no jurar); el que en ningún caso, ni siquiera cuando está demostrada la infidelidad de la mujer, se separa de su mujer. Todo esto, en el fondo es un solo principio, es consecuencia de un solo instinto.

La vida del redentor no fue otra cosa que esta práctica, su misma muerte no fue nada más… No tenía ya necesidad de fórmulas ni de ritos en sus relaciones para con Dios, ni siquiera de la oración. Quiso prescindir de toda la doctrina judaica, de la penitencia y de la reconciliación: sabe que únicamente la práctica de la vida es la que hace que el hombre se sienta divino, bienaventurado, evangélico, en todo tiempo hijo de Dios. No penitencia, no la «oración» para obtener el «perdón» son las vías que conducen a Dios: únicamente la práctica evangélica conduce a Dios, ¡ella es precisamente «Dios»!

Lo que suprimió el evangelio fue el judaísmo de las ideas de pecado, perdón de pecado, fe, salvación mediante la fe; toda la doctrina eclesiástica judía fue negada en la buena nueva.

El profundo instinto del modo como se debe vivir para sentirse en el cielo, para sentirse eterno, mientras que con toda otra actitud no se siente uno en el cielo: ésta únicamente es la realidad psicológica de la redención. Una nueva conducta, no una nueva fe…

34

Si yo entiendo algo de este gran simbolista, es el hecho de que tomó como realidades, como verdades, únicamente las realidades interiores, que comprendió todo lo demás, todo lo que es natural: el tiempo, el espacio, la historia, como signos, como ocasiones para imágenes. La idea de hijo del hombre no es la de una persona concreta, perteneciente a la historia, algo de singular, de único, sino un hecho eterno, un símbolo psicológico separado de la noción de tiempo. Lo mismo puedo decir, y en el más alto sentido, del Dios de este simbolista típico, del reino de Dios, del reino de los cielos, de la cualidad de hijos de Dios. Nada menos cristiano que la crudeza de la Iglesia, que imagina un Dios como una persona, un reino de Dios que viene, un reino de los cielos puesto más allá, un hijo de Dios que es la segunda persona de la trinidad. Todo esto es —perdóneseme la expresión— un puñetazo en los ojos (¡oh, y sobre qué

ojos!) del Evangelio: un cinismo histórico mundial en la irrisión del símbolo… Y, sin embargo, es evidente lo indicado con los signos de padre y de hijo (no es evidente para todos, lo admito); con la palabra hijo se expresa la introducción en un sentimiento de transfiguración de todas las cosas (la beatitud); con la palabra padre se expresa este mismo sentimiento: el sentimiento de la eternidad y de la perfección. Me avergüenzo de pensar lo que la Iglesia ha hecho de este símbolo: ¿No ha puesto en el umbral de la fe cristiana una historia de Anfitrión? ¿Y no ha añadido un dogma de la inmaculada concepción? Pero de este modo ha maculado la concepción…

El reino de los cielos es un estado del corazón, no una cosa que advierte en la tierra o después de la muerte. Todo el concepto de la muerte natural falta en el Evangelio: la muerte no es un puente, un paso; falta porque es propia de un mundo completamente diverso, puramente aparente, útil sólo para fabricar signos con que expresarnos. La hora de la muerte no es un concepto cristiano: la hora, el tiempo, la vida física y sus crisis no existen para el maestro de la buena nueva… El reino de Dios no es cosa esperada: no tiene un ayer ni un mañana, no llegará dentro de mil años, es una esperanza de un corazón, está en todas partes y en ninguna…

35

Este dulce mensajero murió como vivió, como enseñó, no para redimir a los hombres, sino para mostrar cómo se debe vivir. Lo que dejó como legado a la humanidad es una práctica: su actitud frente a los jueces, esbirros, acusadores y cualquier clase de calumnia y de escarnio, su actitud en la cruz. No resiste, no defiende su derecho, no da un paso para alejar de sí la ruda suerte, antes por el contrario, la provoca… Y ruega, sufre, ama con aquello, en aquéllos que hacen el mal… No defenderse, no indignarse, no atribuir responsabilidad… Pero igualmente no resistir al mal, amarlo…

36

Sólo nosotros, espíritus libres, poseemos las condiciones necesarias para comprender una cosa que diecinueve siglos no han comprendido: aquella probidad convertida en instinto y pasión que hace la guerra a la santa mentira, aún más que a toda otra mentira… Se estaba infinitamente lejos de nuestra neutralidad amorosa y prudente, de aquella disciplina del espíritu que únicamente hace posible adivinar cosas tan extrañas a nosotros, tan delicadas: se quiere siempre, con desvergonzado egoísmo, ver en aquellas cosas únicamente el propio provecho; se ha fundado la Iglesia sobre lo contrario del Evangelio…

El que buscara indicios de este hecho, de que detrás del gran teatro de los mundos hay una divinidad irónica que maneja los hilos, no encontraría confirmación alguna en aquel prodigioso punto de interrogación que se llama cristianismo. En vano se busca una forma más grande de ironía en la historia mundial que ésta: que la humanidad se arrodilla ante lo contrario de lo que fue el origen, el sentido, el derecho del Evangelio; que en el concepto de Iglesia ha santificado precisamente lo que el dulce mensajero considera por bajo de sí, detrás de sí.

37

Nuestra época blasona de su sentido histórico: ¿cómo ha podido imponerse el absurdo de que en los comienzos del cristianismo se encuentre la grosera fábula de un taumaturgo y de un redentor, y que todo el elemento espiritual y simbólico sea sólo un desarrollo más tardío? Y a la inversa, la historia del cristianismo —a partir de la muerte en la cruz— es la historia del error, cada vez más grosero, de un simbolismo originario. Con la difusión del cristianismo sobre masas aún más vastas, aún mas rudas, a las que les faltaban siempre las premisas de que el cristianismo partió, se hizo cada vez más necesario vulgarizar, barbarizar el cristianismo: éste absorbió en sí doctrinas y ritos de todos los cultos subterráneos del *imperium romanum*, los absurdos de todas las razones e imaginaciones enfermas. El destino del cristianismo consiste en la necesidad de que su fe se contaminara de esta enfermedad, se hiciera baja, vulgar, como enfermizas, bajas y vulgares eran las necesidades que se pretendía satisfacer con ella. Finalmente, la barbarie enfermiza se adicionó para formar el poder en calidad de Iglesia; de Iglesia, que es la forma de la enemistad formal contra toda probidad, contra toda alteza de ánima, contra toda disciplina del espíritu, contra toda generosa y buena humanidad. Los valores cristianos por una parte, los nobles por otra: ¡nosotros los primeros, nosotros espíritus libres, hemos restablecido este contraste de valores, el mayor que existe!

38

Al llegar aquí no puedo contener un suspiro. Hay días en que anida en mí un sentimiento más negro que la más negra melancolía: el desprecio de los hombres. Y para que no quede duda sobre lo que yo desprecio y a quién desprecio, diré que desprecio al hombre moderno, al hombre del cual yo soy desgraciadamente contemporáneo. El hombre de hoy… Su impura respiración me ahoga. Contra el pasado, yo, como todos los estudiosos, alimenté una gran tolerancia, es decir, me hago generosamente violencia a mí mismo: yo atravieso el mundo-manicomio de

milenios enteros con prudencia tétrica, ya se llame cristianismo, o fe cristiana o Iglesia cristiana; me guardo mucho de hacer a la humanidad responsable de las enfermedades que han afligido su espíritu. Pero mi sentimiento se rebela apenas me interno en los tiempos modernos, en nuestro tiempo.

Nuestro tiempo es sabio… Lo que en otro tiempo era simplemente malsano, hoy es indecente, es indecente ser hoy cristiano. Y aquí comienza mi náusea. Yo miro en torno a mí: ya no queda una palabra de todo lo que en otro tiempo se llamaba verdad; nosotros no podemos ya soportar que un sacerdote pronuncie solamente la palabra verdad. Aún teniendo las más modestas pretensiones a la probidad, hoy se debe saber que un teólogo, un sacerdote, un papa, con cualquier frase que pronuncia no sólo se equivoca, sino que miente, y que no es ya libre de mentir por inocencia, por ignorancia. También sabe el sacerdote, como lo sabe cualquiera, que no hay Dios, ni pecado, ni redentor; que libre albedrío y orden moral del mundo son mentiras: la seriedad, la profunda victoria del espíritu sobre sí mismo no permiten ya a nadie que sea ignorante sobre estas cosas… Todas las concepciones de la Iglesia son reconocidas por lo que son, como la más triste acuñación de moneda falsa que ha existido hecha con el fin de desvalorizar la naturaleza y los valores naturales: el sacerdote mismo es reconocido como lo que es, como la más peligrosa especie de parásito, como la verdadera araña venenosa de la vida… Nosotros sabemos, nuestra conciencia sabe hoy, qué valen en general aquellas funestas invenciones de los sacerdotes y de la Iglesia, de qué servirán, esto es, para conseguir aquel estado de damnificación de la humanidad, cuyo espectáculo produce náuseas, los conceptos de más allá, juicio final, inmortalidad del alma, el alma misma, sin instrumentos de tortura y sistemas de crueldad, en virtud de los cuales el sacerdote se hizo el amo y siguió siendo el amo… Todos saben esto, y sin embargo todo sigue igual. ¿Dónde ha ido a parar el último sentimiento del decoro, del respeto de sí mismo, si hasta nuestros hombres de Estado —por lo demás, una especie de hombres y de anticristianos bastante descocada en la práctica— se llaman aún hoy cristianos y toman la comunión?

¡Un joven príncipe a la cabeza de sus regimientos, espléndido como expresión del egoísmo y de la elevación de su pueblo, profesa sin pudor el cristianismo! Pero ¿qué es lo que niega el cristianismo? ¿Qué es lo que llama mundo? El hecho de ser soldado, de ser juez, de ser patriota; el de defenderse, de atenerse al propio honor, de querer el propio provecho, de ser orgulloso… Toda práctica de cada momento, todo instinto, toda valoración que se convierte en hecho es hoy anticristiana; ¡qué aborto de falsedad debe ser el hombre moderno para no avergonzarse todavía de llamarse cristiano!

Retrocedamos y contemos la verdadera historia del cristianismo. Ya la palabra cristiano es un equívoco: en el fondo no hubo más que un cristiano, y éste murió en la cruz. El Evangelio murió en la cruz. Lo que a partir de aquel momento se llamó evangelio era lo contrario de lo que él vivió; una mala nueva, un Dysangelium. Es falso hasta el absurdo ver la característica del cristiano en una fe, por ejemplo, en la fe de la redención por medio de Cristo: únicamente la práctica cristiana, el vivir como vivió el que murió en la cruz es lo cristiano… Aun hoy, tal vida es posible para ciertos hombres, y hasta necesaria: el verdadero, el originario cristianismo será posible en todos los tiempos. No una creencia, sino un obrar, sobre todo, un no hacer muchas cosas, un ser de otro modo… Los estados de conciencia, por ejemplo, una fe, un tener por verdadero —toda psicología sobre este punto— son perfectamente indiferentes y de quinto orden, comparados con los valores de los instintos: hablando más rigurosamente, toda la noción de causalidad espiritual es falsa. Reducir el hecho de ser cristianos, la cristiandad, al hecho de tener una cosa por verdadera, a un simple fenomenalismo de la conciencia, significa negar el cristianismo. En realidad, jamás hubo cristianos. El cristiano es simplemente una psicológica incomprensión de sí mismo. Si mira mejor en él verá que, a despecho de toda fe, dominan simplemente los instintos, ¡y qué instintos!

La fe fue en todos los tiempos, por ejemplo, en Lutero, sólo una capa, un pretexto, un telón, detrás del cual los instintos desarrollaban su juego; una hábil ceguera sobre la dominación de ciertos instintos… La fe —yo la he llamado ya la verdadera habilidad cristiana—; se habló siempre de fe, se obró siempre por sólo el instinto… En el mundo cristiano de las ideas no se presenta nada que tanto desflore la realidad; por el contrario, en el odio instintivo contra toda realidad reconocemos el único elemento impelente en la raíz del cristianismo. ¿Qué es lo que se sigue de aquí? Se sigue que también *in psychologicis* el error es radical, o sea determinador de la esencia, o sea de la sustancia. Quítese aquí una sola idea, póngase en su puesto una sola realidad, y todo el cristianismo se precipita en la nada. Mirando desde lo alto, este hecho, insólito entre todos los hechos, una religión no sólo plagada de errores, sino sólo creadora de errores nocivos, que envenenan la vida y el corazón, y hasta genial en inventarlos, es un espectáculo para los dioses, para divinidades, que lo son también los filósofos, y que yo, por ejemplo, he hallado, en aquellos famosos diálogos de Naxos. En el momento en que la náusea abandona a estas divinidades (¡y nos abandona a nosotros!) se hacen agradecidas al espectáculo que ofrecen los cristianos; aquella miserable pequeña estrella que se llama Tierra, merece acaso únicamente en gracia a este curioso caso una mirada divina, un interés divino… Nosotros estimamos muy poco el cristianismo: el cristiano falso hasta la inocencia deja atrás a los monos; respecto de los cristianos, una conocida teoría de la descendencia es una pura amabilidad…

40

El hecho del Evangelio se decide con la muerte, está suspendido de la Cruz… Precisamente la muerte, aquella muerte inesperada y vergonzosa, precisamente la cruz, que en general estaba reservada solamente a la canalla, sólo esta horrible paradoja puso a los discípulos frente al verdadero enigma: ¿quién era éste?, ¿qué era esto? El sentimiento sacudido y profundamente ofendido, la sospecha de que semejante muerte pudiera ser la refutación de su causa, el terrible signo de interrogación ¿por qué precisamente así?, este estado de ánimo se comprende harto fácilmente. Aquí todo debía ser necesario, tenía un sentido, una razón, una altísima razón, el amor de un discípulo no conoce el azar. Sólo entonces se abrió el abismo: ¿quién lo abrió?, ¿quién fue su enemigo natural? Esta pregunta fue lanzada como un relámpago. Respuesta: el judaísmo «dominante», su clase más alta. Desde aquel momento los hombres se sintieron en rebelión contra el orden social, al punto se sintió a Jesús como en rebelión contra el orden social. Hasta entonces faltaba en su figura este rasgo belicoso, negador, por la palabra y la acción; aún es más: era todo lo contrario. Evidentemente, la pequeña comunidad no comprendió justamente lo principal, lo que constituía un modelo en este modo de morir: la libertad, la superioridad sobre todo sentimiento de rencor; ¡signo de cuán poco se comprendía de él en general! En sí, Jesús, con su muerte, no pudo querer otra cosa que dar públicamente la prueba, la demostración poderosa de su doctrina… Pero sus discípulos estaban muy lejos de perdonar su muerte, lo que habría sido evangélico en el más alto sentido, o de «ofrecerse» a semejante muerte con dulce y amable tranquilidad de corazón… Prevaleció el sentimiento menos evangélico: la venganza. Era imposible que la causa concluyese con esa muerte: hubo necesidad de represalias, de juicio (y, sin embargo, ¿qué cosa menos evangélica que la represalia, el castigo, el juzgar?). Una vez más pasó al primer término la expectación popular de un Mesías; se tomó en consideración un momento histórico: el reino de Dios había de venir para juzgar a sus enemigos… Pero con esto se confundió todo: ¡el reino de Dios considerado como acto final, como promesa! El Evangelio, sin embargo, había sido precisamente la existencia, el cumplimiento, la realidad de este reino de Dios. Entonces precisamente se introdujo en el tipo del maestro todo el desprecio y la amargura contra los fariseos y los teólogos, ¡y con esto se hizo de él un fariseo y un teólogo! Por otra parte, la salvaje veneración de estas almas salidas completamente de sus quicios no toleró ya la igualdad de todos los hombres como hijos de Dios, igualdad evangélica que Jesús había predicado; su venganza consistió en levantar en alto a Jesús de un modo extravagante, en separarlo de ellos; lo mismo que en otro tiempo los hebreos, para vengarse de sus enemigos, separaron de ellos a su propio Dios y lo elevaron en alto. El Dios único, el único hijo de Dios; ambos son productos del rencor…

41

Entonces surgió un absurdo problema: ¿cómo pudo Dios permitir esto? A esta pregunta, la razón de la pequeña comunidad perturbada encontró una respuesta terriblemente absurda: Dios dio su hijo para la remisión de los pecados, como víctima. ¡De este modo se concluyó de un golpe con el Evangelio! ¡El sacrificio expiatorio, en su forma más repugnante y bárbara, el sacrificio del inocente por los pecados de los pecadores! ¡Qué horrible paganismo! Jesús había abolido el mismo concepto de culpa; negado todo abismo entre Dios y el hombre; había concebido esta unidad entre Dios y el hombre como su buena nueva… ¡Y no como privilegio! Desde aquel momento se llegó, gradualmente, a crear el tipo de redentor: la doctrina del juicio y del retorno, la doctrina de la muerte como una muerte expiatoria, la doctrina de la resurrección, con la que es anulado todo el concepto de bienaventuranza, la única y total realidad del Evangelio, en provecho de un estado subsiguiente a la muerte… Pablo logificó luego sobre esta concepción, sobre esta imprudente concepción, con aquella desfachatez rabínica que le distinguía en todas las ocasiones: «si Cristo no resucitó después de la muerte, nuestra fe es vana». Y de golpe se hizo del Evangelio la más despreciable de todas las promesas irrealizables: la impúdica doctrina de la inmortalidad personal… ¡Pablo mismo la predicó como una recompensa!…

42

Se ve lo que acaba con la muerte en la Cruz: una disposición nueva y completamente original para un movimiento budístico de paz, para una efectiva y no sólo prometida felicidad en la tierra. Porque ésta sigue siendo —ya lo he puesto de relieve— la diferencia fundamental entre las dos religiones de decadencia: el budismo no promete, sino que cumple; el cristianismo lo promete todo, pero no cumple nada.

A la buena nueva siguió de cerca la pésima nueva: la de Pablo. En Pablo se encarna el tipo opuesto al de buen mensajero, el genio del odio, de la inexorable lógica del odio. ¿Qué ha sacrificado al odio este disangelista? Ante todo, el redentor: le clavó en la cruz. La vida, el ejemplo, la doctrina, la muerte, el sentido y el derecho de todo el Evangelio, nada existió ya, cuando este monedero falso, movido por el odio, comprendió qué era lo que únicamente necesitaba. ¡No la realidad, no la verdad histórica! Y una vez más el instinto sacerdotal de los hebreos cometió el mismo gran delito, contra la Historia: borró simplemente el ayer, el antes de ayer del cristianismo; inventó por sí una historia del primer cristianismo. Aún más: falsificó una vez más la historia de Israel, para que apareciera como la prehistoria de su obra; todos los

profetas han hablado de su redentor… La Iglesia falsificó más tarde hasta la historia de la Humanidad, haciendo de ella la prehistoria del cristianismo… El tipo del redentor, su doctrina, su práctica, su muerte, el sentido de la muerte, hasta lo que sucede después de la muerte, nada permaneció intacto, nada permaneció ni siquiera semejante a la realidad. Lo que hizo Pablo fue simplemente transferir el centro de gravedad de toda aquella existencia detrás de tal existencia, en la mentira del Jesús resucitado. En el fondo, tuvo necesidad de la muerte en la Cruz y de algo más… Creer sincero a Pablo, que tenía su patria en la sede principal de la luminosa filosofía estoica, cuando con una alucinación se dispone la prueba de la supervivencia del redentor, o bien prestar fe a su relación de haber él mismo tenido esta alucinación, sería, por parte de un filósofo, una verdadera necedad: Pablo quiere el fin, por consiguiente, quiere los medios… Lo que él mismo no creía, lo creyeron los idiotas entre los cuales sembró él su doctrina.

Su necesidad era el poder: con Pablo, el sacerdote quiere una vez más el poder; sólo podía servirse de ideas, teorías, símbolos con los que se tiraniza a las masas y se forman los rebaños. ¿Qué es lo que Mahoma únicamente tomó a préstamo, más tarde, del cristianismo? La invención de Pablo, su medio para llegar a la tiranía del sacerdote: la creencia en la inmortalidad, o sea la doctrina del juicio…

43

Si se coloca el centro de gravedad de la vida no en la vida, sino en el más allá —en la nada—, se ha arrebatado el centro de gravedad a la vida en general. La gran mentira de la inmortalidad personal destruye toda razón, toda naturaleza en el instinto; todo lo que en los instintos es benéfico, favorable a la vida; todo lo que garantiza el porvenir despierta desde entonces desconfianza. Vivir de modo que la vida no tenga ningún sentido, es ahora el sentido de la vida… ¿A qué fin solidaridad, a qué fin gratitud por el origen y por los antepasados, a qué fin colaborar con confianza, promover y proponerse un bien común?… Éstas son otras tantas tentaciones, otras tantas desviaciones del justo camino: una sola cosa es necesaria… No se puede mirar con bastante desprecio la doctrina según la cual cada uno de nosotros, en calidad de alma inmortal, tiene igual categoría que los demás; y en la colectividad de todas las criaturas la salvación de cada individuo puede pretender una importancia eterna, y todos los hipócritas y semilocos (Dreiviertes-Verrückte) pueden imaginar que por su amor las leyes de la Naturaleza serán constantemente infringidas; no se puede mirar con bastante desprecio semejante elevación de toda clase de egoísmos que llega al infinito, a la impudicia…

Y, sin embargo, el cristianismo debe su victoria a esta miserable adulación de la vanidad personal; con esto precisamente ha convertido a sí todo lo que está mal formado, lo que tiene intenciones de revuelta, lo que se encuentra mal, todo el

desecho y la hez de la Humanidad. «La salvación del alma» significa «el mundo gira en torno a mí»… El veneno de la doctrina de la igualdad de derechos para todos fue vertido y difundido por el cristianismo; partiendo de los rincones más ocultos de los malos instintos, ha movido una guerra mortal a todo sentimiento de respeto y de distancia entre hombre y hombre, es decir, a la premisa de toda elevación, de todo aumento de cultura: del rencor de las masas hizo su arma principal contra nosotros, contra todo lo que es noble, alegre, generoso, en la tierra, contra nuestra felicidad en la tierra… Conceder la inmortalidad a cualquiera fue hasta ahora el mayor y más pérfido atentado contra la humanidad noble.

¡Y no demos poca importancia al hecho de que el cristianismo se ha insinuado aún en la política! Nadie tiene hoy ya el valor de los privilegios, de los derechos patronales, de experimentar sentimientos de respeto de sí mismo y de sus semejantes; de sentir el *pathos* de la distancia… ¡Nuestra política está enferma de esta falta de valor!

La aristocracia de la mentalidad fue más subterráneamente minada por la mentira de la igualdad de las almas: y si la creencia en el privilegio de la mayoría hace revoluciones y las seguirá haciendo, el cristianismo es, no se dude, las valoraciones cristianas: ¡son las que convierten en sangre y delitos toda revolución! El cristianismo es una insurrección de todo lo que se arrastra a ras de la tierra contra lo que está arriba: el Evangelio de los humildes hace humildes…

44

Los Evangelios son inestimables como testimonios de la corrupción, ya intolerable, que existía en el seno de las primeras comunidades cristianas. Aquello que más tarde condujo Pablo a feliz término con el cinismo lógico de un rabino, no fue más que un proceso de decadencia que comenzó con la muerte del Redentor. Hay que leer los Evangelios con grandísimas precauciones: detrás de cada palabra hay una dificultad. Yo admito, y de esto se me deberá gratitud, que precisamente por eso son para un psicólogo una diversión de primer orden: como lo contrario de toda corrupción ingenua, como sofisticación por excelencia, como una obra maestra de corrupción psicológica. Los Evangelios tienen sustancialidad propia. La Biblia, en general, no resiste ningún parangón. Estamos entre hebreos: primer punto de vista para no perder por completo el hilo conductor. La transferencia de sí mismo a la santidad, transferencia que precisamente se convierte en genio y que no fue nunca alcanzada en otra parte por hombres ni por libros, esta acuñación de moneda falsa, no es un caso de dotes especiales de un individuo, de un temperamento de excepción. Para esto es necesaria la raza. En el cristianismo, entendido como el arte de mentir santamente, el judaísmo entero, una preparación y una técnica judaica muy seria, que duró muchos siglos, consigue la maestría. El cristiano, esta última ratio de la mentira,

es una vez más el hebreo; mejor, tres veces más… La voluntad sistemática de emplear solamente conceptos, símbolos, gestos, que es demostrada por la práctica del sacerdote; la instintiva repugnancia a cualquier otra práctica, a cualquier otro género de perspectiva de valor y de utilidad, todo esto no es sólo tradición, es «herencia»; sólo en calidad de herencia obra como naturaleza. Toda la Humanidad, y hasta los mejores testigos de los mejores tiempos (exceptuando uno sólo, el cual acaso es sencillamente un superhombre), se dejaron engañar. Se leyó el Evangelio como el libro de la inocencia…; nadie indicó con qué maestría se recita en el Evangelio una comedia.

Ciertamente, si llegásemos a verla, aunque sólo fuera de pasada, todos estos maravillosos hipócritas y santos artificiales, toda esta comedia, terminarían; y precisamente porque no leo una palabra sin ver gestos, acabo por dejarla… Yo no puedo soportar su modo de elevar sus ojos al cielo… Afortunadamente, para los más los libros son mera literatura. No debemos dejarnos engañar, ellos dicen: no juzguéis, pero mandan al infierno a todo lo que constituye un obstáculo en su camino.

Haciendo juzgar a Dios, juzgan ellos mismos; glorificando a Dios se glorifican ellos mismos; exigiendo la virtud de que ellos mismos son capaces —es decir, la virtud de que tienen necesidad para conservar la dominación—, se dan grandes aires de luchar por la virtud, de combatir por el predominio de la virtud. «Nosotros vivimos, nosotros morimos, nosotros nos sacrificamos por el bien» (esto es, por la verdad, por la luz, por el reino de Dios); en realidad, hacen lo que no pueden menos de hacer. Mientras que, a modo de hipócritas, se muestran humildes, se ocultan en los rincones, viven como sombras en la sombra, hacen de esto un deber: su vida de humildad aparece como un deber, y como deber es una prueba más de piedad hacia Dios… ¡Ah, qué humilde, casto, misericordioso modo de impostura! ¡La virtud misma es confiscada por esa gentecilla; ellos saben cuál es la importancia de la moral!

La realidad es que aquí la más consciente presunción de elegidos desempeña el papel de modestia; desde entonces se han formado dos partidos: el partido de la verdad, o sea ellos mismos, la comunidad, los buenos y los justos, y, de otra parte, el resto del mundo… Éste fue el más funesto delirio de grandezas que hasta ahora existió en la tierra: pequeños abortos de hipócritas y mentirosos comenzaron a reivindicar para sí los conceptos de Dios, verdad, luz, espíritu, amor, sabiduría, vida, casi como sinónimos de ellos mismos, para establecer así un límite entre ellos y el mundo; pequeños superlativos de hebreos, maduros para toda clase de manicomio, hicieron girar en torno a ellos mismos todo valor, como si precisamente el cristiano fuese el sentido, la sal, la medida y también el último tribunal de todo lo demás…

Este funesto acontecimiento sólo se hizo posible por el hecho de que ya había en el mundo un género afín de delirio de grandeza, afín por raza: el judaico; apenas se abre el abismo entre hebreos y hebreo-cristianos, a estos últimos no les quedó otra elección que emplear contra ellos mismos, contra los hebreos, los mismos

procedimientos de conservación que el instinto judaico aconsejaba, mientras que hasta entonces los hebreos lo habían empleado contra todo lo que no era hebreo. El cristiano, es sólo un hebreo de confesión más libre.

45

Doy un cierto número de pruebas de aquello que se le metió en la cabeza a esa gentecilla, de lo que puso en labios de su maestro: simples profesiones de fe de bellas almas.

«Y todos aquéllos que no os recibieren ni os oyeren, saliendo de allí, sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, en testimonio a ellos. De cierto os digo que más tolerable será el castigo de los de Sodoma y Gomorra el día del Juicio que el de aquella ciudad». (Marcos, 6, 11). ¡Qué evangélico es esto!

«Y cualquiera que escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino el cuello, y fuera echado en la mar». (Marcos, 9, 42). ¡Qué evangélico es esto!

«Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo: mejor te es entrar al reino de Dios con un ojo que teniendo dos ojos ser echado a la Gehenna, donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga». (Marcos, 9, 47). No se trata precisamente de los ojos…

«También les dijo: "De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios, que viene con potencia"». (Marcos, 9, l.) Mientes muy bien, ¡oh león!

«Cualquiera que quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame. Porque…». («Observación de un psicólogo»: la moral cristiana es refutada por sus porqués; sus argumentos refutan, y esto es cristiano). (Marcos, 8, 34).

«No juzgaréis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir». (Mateo, 7, l.) ¡Qué concepto de la justicia, de un juez justo!…

«Porque si amareis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si abrazaseis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen así también los Gentiles?». (Mateo, 5, 46). Principio del amor cristiano: en fin de cuentas, quiere ser bien pagado…

«Mas si no perdonareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas». (Mateo, 6, 15). Muy comprometedor para el susodicho Padre…

«Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas». (Mateo, 6, 33). Todas estas cosas, es decir: comida, vestidos, todo lo que hace falta en la vida. Es un error para hablar modestamente… Poco antes, Dios aparece en calidad de sastre; por lo menos, en ciertos casos…

«Gozaos en aquel día, y alegraos; porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos, porque así hacían sus padres a los profetas». (Lucas, 6, 23). ¡Oh cínica canalla! Ya se compara con los profetas…

«¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es». (Pablo, a los corintios, I, 3, 16). Cosas como ésta no serán nunca bastante despreciadas…

«¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas?». (Pablo, a los corintios, I, 6, 2.) Desgraciadamente, esto no es sólo el discurso de un loco… Este terrible mentidor continúa, textualmente, así: «¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de este siglo?».

«¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Porque por no haber el mundo conocido la sabiduría de Dios, a Dios por sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. No sois muchos sabios, según la carne; no muchos poderosos, no muchos nobles. Antes, lo necio del mundo escogió Dios para avergonzarnos a los sabios; y lo flaco del mundo escogió Dios para avergonzar lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es: para que ninguna carne se jacte de su presencia». (Pablo, a los corintios, 1, 20 y sig). Para comprender este pasaje, testimonio capital de la psicología de toda moral de chandala, léase la primera parte de mi *Genealogía de la moral*; en ella se pone de manifiesto por primera vez la contradicción entre una moral noble y una moral de chandala, nacida del rencor y de la venganza impotente, Pablo fue el mayor de los apóstoles de la venganza…

46

¿Qué se deduce de aquí? De aquí se deduce que es conveniente ponerse los guantes cuando se lee el Nuevo Testamento. Casi nos obliga a ello la presencia de tanta impureza. Nos guardaremos de escoger para el trato cristianos primitivos, como nos guardaríamos de los judíos polacos: no hay que oponerles reparo alguno, pero tienen mal olor.

En vano he buscado en el Nuevo Testamento un rasgo simpático: nada hay en él que sea libre, benévolo, franco ni honesto. Aquí no ha comenzado todavía el humanismo, falta el instinto de limpieza; en el *Nuevo Testamento* no hay más que malos instintos. Todo es vileza; todo allí es un cerrar los ojos y un engañarse a sí mismo. Cuando se ha leído el Nuevo Testamento, cualquier otro libro parece limpio: para poner un ejemplo, yo, después de haber leído a san Pablo, leí con verdadero arrebato a Petronio, aquel gracioso y petulante humorista, del cual se podría decir lo que Domenico Boccaccio escribía de César Borja al duque de Parma: «Es

inmortalmente sano, inmortalmente sereno y bien constituido: *é tutto festo*…».

Estos hipocritillas desbarran precisamente en lo esencial. Atacan, pero todo lo que es atacado por ellos se hace por esto mismo distinguido. Cuando un cristiano primitivo ataca, el atacado no resulta con mancha; por el contrario es un honor tener contra sí cristianos primitivos. No se puede leer el Nuevo Testamento sin sentir predilección por lo que en él resulta maltratado, para no hablar de la sabiduría de este mundo, que un descarado fanfarrón intenta en vano desacreditar con predicaciones estúpidas… Hasta los escribas y los fariseos han sacado provecho de semejantes adversarios: debieron tener algún valor para ser odiados de manera tan indecente. ¡La hipocresía, he aquí un reproche que los cristianos primitivos tendrían derecho a hacer! Por último, escribas y fariseos eran privilegiados: esto basta, el odio de los chandalas no tiene necesidad de otros motivos. El primer cristiano, y temo que también el último cristiano, que acaso yo viva lo suficiente para ver, es rebelde por un profundo instinto contra todo lo que es privilegiado; vive y combate siempre por la igualdad de derechos… Si se observa mejor, no tiene elección. Si se quiere ser, personalmente, un elegido de Dios, o un templo de Dios, o un juez de los ángeles, entonces todo otro principio de elección, por ejemplo, la elección fundada en la probidad, en el espíritu y en el orgullo, en la belleza y en la libertad del corazón, se hace simplemente mundo, el mal en sí… Moraleja: toda palabra en labios de un cristiano primitivo es una mentira, cada una de sus acciones es una falsedad instintiva; todos sus valores, todos sus fines son nocivos, pero lo que odia, esto tiene valor… El cristiano, el cristiano sacerdote particularmente, es un criterio de los valores.

Debo aún añadir que en todo el Nuevo Testamento se encuentra una sola figura que se deba honrar: Pilatos, el gobernador romano. Tomar en serio un asunto entre judíos, es cosa a la que no se resuelve. Un judío de más o menos, ¿qué importancia tiene?… La noble ironía de un romano, ante el cual se ha hecho un cínico abuso de la palabra verdad, ha enriquecido el Nuevo Testamento con la única palabra que tiene valor, que es por sí la crítica y aún el aniquilamiento del Nuevo Testamento: ¿qué es la verdad?…

47

Lo que nos distingue no es el hecho de que no encontramos a Dios ni en la historia, ni en la naturaleza, ni detrás de la naturaleza, sino el hecho de que consideramos lo que se oculta bajo el nombre de Dios, no como divino, sino como miserable, absurdo, nocivo; no sólo como error, sino como delito contra la vida… Nosotros negamos a Dios en cuanto Dios… Si se nos demostrase este Dios de los cristianos, creeríamos aún menos en él. Para expresarnos con una fórmula: *Deus, qualem Paulus creavit, dei negatio*.

Una religión como el cristianismo, que en ningún punto se encuentra en contacto con la realidad, que se quiebra en cuanto la verdad adquiere sus derechos aún en un solo punto, debe naturalmente ser enemiga mortal de la sabiduría del mundo, o sea de la ciencia; debe aprobar todos los medios con que la disciplina del espíritu, la pureza y la serenidad en los casos de conciencia del espíritu, la noble frialdad y libertad del espíritu pueden ser envenenadas, calumniadas, difamadas. La fe como imperativo es el veto contra la ciencia; en la práctica es la mentira a toda costa… Pablo comprendió que la mentira —que la fe— es necesaria; a su vez la Iglesia, más tarde, comprendió a Pablo.

Aquel Dios que Pablo se inventó, un Dios que desacredita la sabiduría del mundo (o en sentido estricto, los dos grandes adversarios de toda superstición: la filología y la medicina), no es en realidad más que la resuelta decisión de Pablo de llamar Dios a su propia voluntad, la Thora; esto es judaico. Pablo quiere desacreditar la sabiduría del mundo: sus enemigos son los buenos filólogos y los médicos de la escuela alejandrina; a éstos les hace la guerra. En realidad, no se es filólogo y médico sin ser al mismo tiempo anticristiano. Porque en calidad de filólogos se mira detrás de los libros santos, y en calidad de médicos se ve detrás del cristiano típico la degeneración psicológica. El médico dice: Incurable; el filólogo dice: Charlatanería.

48

¿Se ha entendido bien la famosa historia que se encuentra al principio de la Biblia, la del terrible miedo de Dios ante la ciencia? No se ha comprendido. Este libro de sacerdotes por antonomasia comienza, como es justo, con la gran dificultad íntima del sacerdote: el sacerdote tiene solo peligro; por consiguiente, Dios tiene sólo un gran peligro.

El viejo Dios, todo espíritu, todo gran sacerdote, todo perfección, pasea por distracción en sus jardines; pero se aburre. En vano luchan contra el tedio los dioses mismos. ¿Qué hace Dios? Inventa al hombre; el hombre es divertido… Pero he aquí que también el hombre se aburre. La compasión de Dios por la única miseria que todos los Paraísos tienen en sí, no conoce límites: pronto creó otros animales. Primer error de Dios: el hombre no encontró divertidos a los animales —fue su amo, no quiso ser un animal. Después de esto Dios creó a la mujer. Y, en realidad, entonces acabó de aburrirse; pero acabaron también otras cosas. La mujer fue el segundo error de Dios. «La mujer es, por su naturaleza, serpiente: Eva»; esto lo sabe todo sacerdote; «de las mujeres procede todo el mal sobre la tierra»; esto también lo sabe todo sacerdote. «Por consiguiente, también de ella viene la ciencia…». Precisamente, de la mujer aprende el hombre a gustar el árbol del conocimiento…

¿Qué había sucedido? El viejo Dios se vio acometido de un tremendo error. El hombre mismo se había hecho su mayor error; Dios se había creado un rival; la

ciencia nos hace iguales a Dios; ¡cuando el hombre se hace sabio han terminado los sacerdotes y los dioses! Moraleja: la ciencia es la cosa vedada en sí, es lo único vedado. La ciencia es el primer pecado, el germen de todos los pecados, el pecado original. Sólo esto es la moral. Tú no debes conocer: todo lo demás se sigue de aquí. El tremendo miedo experimentado por Dios no le impidió ser hábil. ¿Cómo nos defenderemos de la ciencia? Éste fue durante mucho tiempo su problema capital. Respuesta: ¡Arrojemos al hombre del Paraíso! La felicidad, el ocio, conducen a pensar; todos los pensamientos son malos pensamientos… El hombre no debe pensar.

Y el sacerdote en sí inventa la miseria, la muerte, los peligros mortales del parto, toda clase de sufrimientos, de dolores, de fatigas, y sobre todo la enfermedad; ¡simples medios en la lucha contra la ciencia! La miseria le impide al hombre pensar… Y, sin embargo, ¡cosa terrible!, la obra de la ciencia se eleva, llega hasta el cielo, haciendo palidecer a los dioses. ¿Qué hacer? El viejo Dios inventa la guerra, separa a los pueblos, hace que los hombres se destruyan unos a otros (los sacerdotes tuvieron siempre necesidad de la guerra). ¡De la guerra, que, entre otras cosas, es una gran perturbadora de la paz de la ciencia! ¡Oh cosa increíble! No obstante la guerra, la ciencia, la emancipación del poder del sacerdote, aumentan. Y una última decisión se presenta al viejo Dios: El hombre se ha hecho científico; no sirve, hay que ahogarlo.

49

¿Se me ha entendido? El comienzo de la Biblia contiene toda la psicología del sacerdote. El sacerdote sólo conoce un peligro: la ciencia, el sano concepto de causa y efecto. Pero la ciencia prospera conjuntamente sólo en situaciones favorables; hay que tener tiempo, hay que tener espíritu de sobra para investigar… Por consiguiente, se debe hacer al hombre infeliz: ésta fue en todo tiempo la lógica del sacerdote.

Ya se adivina qué ha entrado en el mundo con arreglo a esta lógica: el pecado. El concepto de culpa y de castigo, todo el orden moral del mundo fue inventado contra la ciencia, contra la liberación del hombre del poder del sacerdote… El hombre no debe mirar fuera de sí, sino dentro de sí; no debe mirar en las cosas con habilidad y prudencia para aprender; en general, ni debe mirar; debe sufrir… Y debe sufrir de modo que tenga constantemente necesidad del sacerdote. ¡Fuera los médicos! ¡Hay necesidad de un salvador! ¡El concepto de culpa y de castigo, comprendida la doctrina de la gracia, de la redención, del perdón —todas completas mentiras privadas de toda realidad psicológica— fue inventado para destruir en el hombre el sentido de las causas; fue un atentado contra la noción de causa y efecto! ¡Y no un atentado realizado con el puño, con el cuchillo, con la sinceridad en el odio y en el amor, sino partiendo de los instintos más viles, más astutos, más bajos! ¡Un atentado de sacerdotes! ¡Un atentado de parásitos! ¡Un vampirismo de pálidas sanguijuelas

subterráneas!… Si las consecuencias naturales de una acción no son ya naturales, sino que se fantasea que sean influidas por conceptos fantasmas de la superstición, por Dios, por espíritus, por almas, como consecuencias puramente morales, como premio, castigo, indicación, medio de educación, es destruida la premisa de la ciencia y se ha cometido el mayor delito contra la humanidad. El pecado, repitámoslo, esa forma por excelencia de descaro por parte de la humanidad, fue inventado para hacer imposible la ciencia, la civilización y el ennoblecimiento del hombre; el sacerdote domina gracias a la invención del pecado.

50

Al llegar a este punto no puedo prescindir de una psicología de la fe, del creyente, a favor, como es justo, de los creyentes. Si tampoco faltan hoy personas que ignoran cuán indecoroso es el ser creyente —o cómo esto es un signo de decadencia, de falta de voluntad de vivir—, ya se sabrá mañana. Mi voz llega incluso a los duros de oído. Parece, si no he comprendido mal, que hay entre los cristianos un criterio de la verdad que se llama la prueba de la fuerza. La fe nos hace felices: luego es verdadera. Ante todo, se podría objetar aquí que la felicidad tampoco está demostrada, sino que no es más que una promesa: la felicidad va unida a las condiciones de la fe; hay que ser feliz porque se cree… Pero ¿cómo se puede demostrar que efectivamente sucede lo que el sacerdote promete al creyente en un más allá inaccesible a todo control? La presunta prueba de la fuerza es, por consiguiente, a su vez la creencia en que no faltará aquel efecto que se nos promete por la fe. Aderezado en una fórmula: «yo creo que la fe nos hace felices; por consiguiente, la fe es verdadera». Pero con esto estamos ya al cabo de la calle. Aquel «por consiguiente» es el absurdo mismo tomado como criterio de verdad.

Pero supongamos, con alguna indulgencia, que esté demostrado que la fe asegura la felicidad (que la felicidad no es sólo deseada, no es sólo prometida de labios un tanto sospechosos, de los sacerdotes): ¿fue nunca la felicidad —o para hablar técnicamente, el placer— una prueba de la verdad? Dista tanto de serlo que casi es lo contrario; en todo caso es la más vehemente sospecha contra la «verdad», cuando sentimientos de placer toman la palabra a la pregunta: ¿qué es la verdad? La prueba del placer es una prueba para el placer, nada más. ¿De dónde se podrá sacar que precisamente los juicios verdaderos causan mayor placer que los falsos, y que, de conformidad con una armonía preestablecida, llevan necesariamente consigo sentimientos placenteros? La experiencia de todos los espíritus severos y profundos enseña lo contrario. Para conquistar la verdad hay que sacrificar casi todo lo que es grato a nuestro corazón, a nuestro amor, a nuestra confianza en la vida. Para ello es necesario grandeza de alma: el servicio de la verdad es el más duro de todos los servicios. ¿Qué significa ser probo en las cosas del espíritu? Significa ser severos con

nuestro propio corazón, despreciar los bellos sentimientos y formarse una conciencia de cada sí y de cada no. La fe nos hace felices, por lo tanto miente.

51

Una breve visita a un manicomio nos enseña con suficiente claridad que la fe en ciertas circunstancias hace hombres felices, que la felicidad no hace de una idea fija una idea verdadera, que la fe no transporta las montañas, sino que coloca montañas donde no las hay. Esto no convence a un sacerdote, porque éste niega por instinto que la enfermedad sea una enfermedad y el manicomio un manicomio. El cristianismo tiene necesidad de la enfermedad, casi como la Grecia tenía necesidad de un exceso de salud; hacer enfermos es la verdadera intención recóndita de todo el sistema de salvación propio de la Iglesia. Y la Iglesia misma, ¿no es el manicomio católico como último ideal? ¿La tierra, en general, como manicomio? El hombre religioso, cual le quiere la Iglesia, es un decadente típico; el momento en que una crisis religiosa se posesiona de un pueblo es siempre caracterizado por epidemias nerviosas; el mundo interno del hombre religioso se parece al mundo interior de los sobreexcitados y de los agotados, hasta el punto de confundirse con él; los más elevados estados de ánimo que el cristianismo ha colocado sobre la humanidad como valores supremos, son formas epileptoides; la Iglesia ha santificado solamente a locos o a grandes impostores *in majorem dei honorem*… Yo osé una vez definir todo el *training* cristiano de la expiación y de la redención (hoy estudiado especialmente en Inglaterra) como una locura circular producida metódicamente, como es natural, sobre un terreno ya preparado, o sea fundamentalmente morboso. Nadie es libre de llegar a ser cristiano: no se convierte la gente al cristianismo, hay que estar bastante enfermo para el cristianismo…

Nosotros, que tenemos el valor de la salud y también del desprecio, ¡cuánto derecho tenemos a despreciar una religión que enseñó a comprender mal el cuerpo, que no quiso desembarazarse de la superstición del alma!; ¡que hace un mérito de la falta de alimentación!; ¡que combate en la salud una especie de enemigo, de diablo, de tentación!; ¡que se persuadió de que es posible llevar un alma perfecta en un cuerpo cadavérico, y a este fin debió formarse una nueva concepción de la perfección, una criatura pálida, enfermiza, idiotamente fanática, la dicha santidad, la santidad que es simplemente una serie de síntomas de un cuerpo empobrecido, enervado, irremediablemente lesionado!…

El movimiento cristiano como movimiento europeo es, a priori, un movimiento colectivo de los elementos de desecho y de descarte de todo género (los cuales quieren llegar con el cristianismo al poder). No expresa el ocaso de una raza, es un agregado de formas de decadencia provenientes de todo lugar, las cuales se reúnen y se buscan. No es, como se cree, la corrupción de la antigüedad misma, de la noble

antigüedad que hizo posible el cristianismo; nunca se combatirá con suficiente saña, el idiotismo erudito que aún sostiene una cosa semejante. En la época en que las capas sociales enfermizas y dañadas del chandala se cristianizaron en todo el imperio romano, el tipo opuesto, la nobleza, existía precisamente en su forma más hermosa y más dura. El gran número alcanzó el poder; el democratismo de los instintos cristianos venció… El cristianismo no fue nacional, no se concretó a una raza; se dirigió a todos los desheredados de la vida, encontró en todas partes sus aliados. El cristianismo tiene en su base el rencor de los enfermos, dirige sus instintos contra los sanos, contra la salud. Todo lo que está bien constituido, todo lo que es altivo, orgulloso, sobre todo la belleza, lastima sus ojos y sus oídos. Recordaré, una vez más, la inestimable frase de Pablo: «Lo que es débil a los ojos del mundo, lo que es loco para el mundo, lo que es innoble y despreciable para el mundo, fue elegido por Dios»; ésta fue la fórmula, *in hoc signo* llegó la decadencia.

Dios en la cruz, ¿todavía no se puede comprender el terrible pensamiento oculto en este símbolo? Todo lo que es sufrimiento, todo lo que está suspendido de una cruz es divino… Todos nosotros estamos suspendidos de una cruz, por consiguiente, todos nosotros somos divinos… Nosotros solos somos divinos… El cristianismo fue una victoria, por él pereció una mentalidad más noble; el cristianismo ha sido hasta hoy la más grande desgracia de la humanidad.

52

El cristianismo está también en contradicción con toda buena constitución intelectual; sólo puede valerse de la razón enferma como razón cristiana, toma el partido de todo lo que es idiota, lanza la maldición sobre el espíritu, sobre la soberbia del espíritu sano. Como la enfermedad pertenece a la esencia del cristianismo, también el estado típico de ánimo cristiano, la fe, debe ser una forma de enfermedad, y todos los caminos rectos, honrados, científicos, que conducen al conocimiento deben ser refutados por la Iglesia como caminos prohibidos. Ya la duda es un pecado… La falta completa de limpieza psicológica en el sacerdote —que se revela en su mirada— es un fenómeno y una consecuencia de la decadencia; obsérvese de un lado las mujeres histéricas, y de otro los niños de constitución raquítica, y se verá que ordinariamente, la falsedad instintiva, el placer de mentir por mentir, son manifestaciones de decadencia. La fe significa no querer saber qué es la verdad. El pietista, el sacerdote de ambos sexos, es falso porque es un enfermo, su instinto exige que la verdad no tenga razón en ningún punto.

«Lo que nos hace enfermos es bueno; lo que proviene de la abundancia, del exceso, del poder, es malo»; así piensa el creyente. Yo adivino a todo teólogo predestinado por la esclavitud a la mentira. Otro indicio del teólogo es su incapacidad para la filología. Por filología debe entenderse aquí, en sentido muy general, el arte

de leer bien; de saber interpretar los hechos, sin falsearlos con interpretaciones; sin perder, por el deseo de comprender, la prudencia, la paciencia, la finura. La filología como *ephexis* en la interpretación; ya se trate de libros o de noticias, de periódicos, de destinos o de hechos meteorológicos, para no hablar de la salvación del alma… El modo en que un teólogo, ya se encuentre en Berlín o en Roma, interpreta una palabra de la Escritura o un acontecimiento, una victoria del ejército nacional, por ejemplo, bajo la alta luz de los salmos de David, es siempre de tal manera audaz que a un filólogo le hace perder la paciencia. ¿Y qué decir cuando los pietistas y otras vacas de Suavia justifican su miserable existencia cotidiana con el dedo de Dios, y de él hacen un milagro de la gracia, de la providencia; un milagro de santa experiencia? El más modesto empleo del espíritu, para no decir de la decencia, debería llevar a estos intérpretes a persuadirse de la completa puerilidad e indignidad de semejante abuso del dedo de Dios. Si se tuviese en el cuerpo una medida de piedad, por pequeña que fuera, un Dios que nos cura oportunamente de un constipado o nos hace salir en coche en el momento en que estalla un gran aguacero, debería ser un Dios tan absurdo que, si existiese, debería ser abolido. Un Dios cual mensajero, como cartero, como mercader, es en el fondo una palabra para indicar la más estúpida especie de todos los casos… La Divina providencia, como es aquélla en que todavía cree en la Alemania «culta» una tercera parte de los hombres, sería una objeción contra Dios como no habría otra más formidable. Y en todo caso es una objeción contra los alemanes.

53

Es tan falso que los mártires sufran algo por la verdad de una cosa, que yo me atrevería a negar que jamás un mártir haya tenido nunca nada que ver con la verdad. En el tono en que un mártir lanza a la faz del mundo su convicción, se manifiesta ya un grado tan bajo de probidad intelectual, tal obtusidad para el problema de la verdad, que nunca hace falta refutar a un mártir. La verdad no es cosa que uno posea y otro no: sólo ciudadanos o apóstoles de ciudadanos a la manera de Lutero pueden pensar así en la verdad. Se puede tener seguridad de que, según el grado de conciencia en las cosas del espíritu, la capacidad de decidir, la decisión en este punto será siempre mayor. Ser competente en cinco cosas y rehusar delicadamente ser competente en lo demás… La verdad, como entiende esta palabra todo profeta, todo librepensador, todo socialista, todo hombre de Iglesia, es una perfecta prueba del hecho de que ni siquiera ha comenzado aquella disciplina del espíritu y aquella superación de sí mismo que es necesaria para encontrar cualquier verdad, por mínima que sea.

Los mártires, dicho sea de pasada, fueron una gran desgracia en la historia, sedujeron… La conclusión de todos los idiotas, comprendidas las mujeres y el pueblo, de que tenga valor una causa por la cual alguien afronta la muerte (o una

causa que, como el cristianismo primitivo, engendra epidemias de gentes que corren a la muerte), esta conclusión dificultó indeciblemente la investigación, el espíritu de la investigación y de la circunspección. Los mártires hicieron daño a la verdad… Hoy mismo basta una cierta crueldad de persecución para crear un nombre honorable a cualquier sectarismo carente en sí de valor. ¿Cómo? ¿Cambia el valor de una causa el hecho de que alguien exponga por ella la vida? Un error que llega a ser honorable es un error que posee un hechizo más para seducir: ¿creéis vosotros, señores teólogos, que vamos a daros ocasión de haceros mártires por vuestra mentira? Se refuta una cosa poniéndola cuidadosamente en hielo; así se refuta también a los teólogos…

Ésta fue, precisamente, en la historia del mundo la estupidez de todos los perseguidores: que dieron apariencia de honorabilidad a la causa de los adversarios, que les hicieron el don del hechizo, del martirio… Aún hoy la mujer se pone de rodillas ante un error, porque se le ha dicho que alguien murió por este error en la cruz. ¿Es pues, la cruz un argumento? Pero sobre todas estas cosas hay uno que ha dicho la palabra de que había necesidad desde hace miles de años: Zaratustra.

«Éstos escribieron signos de sangre sobre la senda que recorrieron, y su locura enseñó que con la sangre se demuestra la verdad.

»Pero la sangre es el peor testimonio de la verdad; la sangre envenena la más pura doctrina y la cambia en locura y odio de los corazones.

»Y si alguien corre al fuego por su doctrina, ¿qué prueba esto? Más verdad es que la propia doctrina surge del propio incendio».

54

No nos dejemos engañar; los grandes espíritus son escépticos. Zaratustra es un escéptico. La fortaleza, la libertad proveniente de la fuerza y del exceso de fuerza del espíritu se demuestra mediante el escepticismo. Los hombres de convicciones no merecen ser tomados en consideración para todos los principios fundamentales de valor y no valor. Las convicciones son prisiones. Los convencidos no ven bastante lejos, no ven por debajo de sí; pero para poder hablar de valor y no valor se deben mirar quinientas convicciones por bajo de sí, detrás de sí… Un espíritu que apetezca cosas grandes y que quiera también los medios para conseguirlas, es necesariamente escéptico. La libertad de toda clase de convicciones forma parte de la fuerza, la facultad de mirar libremente… La gran pasión, la base y la potencia del propio ser, aun más iluminada y más despótica que él mismo, toma todo su intelecto a su servicio; nos limpia de escrúpulos; nos da el valor hasta de usar medios impíos; en ciertas circunstancias nos concede convicciones. La convicción puede ser medio: muchas cosas se consiguen sólo por medio de una convicción. La gran pasión tiene necesidad de convicciones, hace uso de ellas, pero no se somete a ellas, se sabe soberana.

Viceversa, la necesidad de creer, la necesidad de un absoluto en el sí y en el no, el carlylismo, si se me permite la expresión, es una necesidad de los débiles. El hombre de la fe, el creyente de todo género, es necesariamente un hombre dependiente, un hombre que no puede ponerse como fin, que no puede en general poner fines sacándolos de sí. El creyente no se pertenece a sí mismo, sólo puede ser un medio, debe ser empleado, tiene necesidad de alguien que se valga de él. Su instinto atribuye el supremo honor a la moral de la despersonalización; a ésta le persuade todo: su habilidad, su experiencia, su vanidad. Toda especie de fe es una expresión de despersonalización, de renuncia de sí mismo… Si pensamos cuán necesario es a la mayor parte de los hombres un regulador que les ligue y les fije desde el exterior, y cuánto la constricción, o en sentido más elevado, la esclavitud, es la única y última condición en que prospera el hombre débil de voluntad, y especialmente la mujer, se comprende también la convicción o fe. El hombre de convicciones tiene en la fe su espina dorsal. No ver muchas cosas, no sentirse cautivo de nada, ser siempre hombre de partido, tener una óptica severa y necesaria en todos los valores, todo esto es condición de la existencia de semejante especie de hombres. Pero con esto se es lo contrario, el antagonista del veraz, de la verdad… El creyente no es libre de tener en general una conciencia para el problema de verdadero y no verdadero: el ser leales en este punto sería pronto su ruina. La dependencia patológica de su óptica hace del hombre convencido un fanático —Savonarola, Lutero, Rousseau, Robespierre, Saint-Simon—, el tipo opuesto del espíritu fuerte y libre. Pero las grandes actitudes de estos espíritus enfermos, de estos epilépticos de la idea, impresionan a la masa; los fanáticos son pintorescos, la humanidad prefiere ver actitudes a oír argumentos…

55

Demos un paso más en la psicología de la convicción, de la fe. Ya durante largo tiempo he invitado yo a considerar si las convicciones no son enemigas más peligrosas de la verdad que las mentiras —*Humano, demasiado humano,* I, aforismo 483. Ahora quisiera plantear la pregunta decisiva: ¿Existe en general una contradicción entre la convicción y la mentira? Todos creen que sí; pero ¡qué no cree la gente! Toda convicción tiene su historia, sus formas previas, sus errores; se convierte en convicción después de mucho tiempo de no serlo, después de haber sido durante largo tiempo apenas tal convicción. ¿Cómo? ¿No podría también existir la mentira en estas formas embrionarias de la convicción? Algunas veces sólo hubo necesidad de un cambio de persona: en el hijo llega a ser convicción lo que en el padre era todavía mentira. Por mentira entiendo yo no querer ver una cosa que se ve, no querer verla en el modo que se la ve; no tiene importancia el hecho de que la mentira se realice ante testigos o sin testigos. La mentira más común es aquélla con la que nos engañamos a nosotros mismos; mentir a los demás es relativamente el caso

excepcional.

Ahora bien: este negarse a ver lo que se ve, éste no querer ver en el modo que se ve una cosa, es casi la primera condición de todos los que forman un partido, en cualquier sentido; el hombre de partido se hace necesariamente un hombre que miente. Por ejemplo, los historiadores alemanes están convencidos de que Roma fue el despotismo, que los alemanes han traído al mundo el espíritu de libertad. ¿Qué diferencia hay entre esta convicción y una mentira? ¿Nos podríamos asombrar si por instinto todos los partidos, aún el partido de los historiadores alemanes, tuvieran en la boca las grandes frases de la moral, si la moral sobrevive casi sólo porque el hombre de partido de cualquier género tiene necesidad de ellas a cada instante? «Ésta es nuestra convicción: nosotros la profesamos a la faz de todo el mundo, vivimos y morimos por ella —¡respetad a todo el que tiene convicciones!»; cosas de esta índole he oído yo, hasta en boca de los antisemitas. ¡Al contrario, señores míos! Un antisemita no es más respetable por el hecho de que mienta sistemáticamente… Los sacerdotes, que en tales cosas son más sutiles y comprenden perfectamente la objeción implícita en el concepto de convicción, o sea de la mentira sistemática, porque va dirigida a un fin, han heredado de los hebreos la habilidad de introducir en este lugar la idea de Dios, voluntad de Dios, revelación divina. El mismo Kant, con su imperativo categórico, se encontró en el mismo caso: aquí su razón se hizo práctica.

Hay problemas en los que la decisión sobre la verdad o falsedad que contienen no está concedida al hombre: todos los más elevados problemas, todos los sublimes problemas de valor se encuentran más allá de la razón humana… Comprender los límites de la razón, esto es precisamente la filosofía… ¿A qué fin concedió Dios al hombre la revelación? ¿Habría hecho cosa superflua? El hombre no puede saber por sí mismo qué es el bien y el mal; por eso Dios le enseñó su voluntad… Moraleja: el sacerdote no miente, no existe el problema de verdadero o no verdadero en las cosas de que hablan los sacerdotes; estas cosas no permiten mentir. Porque para mentir se debería poder decidir qué es lo verdadero; pero el hombre no puede hacer esto; por consiguiente, el sacerdote no es más que el intérprete de Dios.

Semejante silogismo de los sacerdotes no es simplemente judaico y cristiano: el derecho de mentir y la habilidad de la revelación son propios del tipo sacerdote, tanto de los sacerdotes de la decadencia como de los del paganismo (paganos son aquéllos que dicen sí a la vida, para los cuales Dios es la palabra para decir sí a todas las cosas). La ley, la voluntad de Dios, el libro sagrado, la inspiración, son sólo palabras para indicar las condiciones en las cuales el sacerdote adquiere el poder, por las cuales conserva su poder; estos conceptos se encuentran en la base de todas las organizaciones sacerdotales, de todas las formaciones sacerdotales y filosófico-sacerdotales. La santa mentira es común a Confucio, al Código de Manú, a Mahoma, a la Iglesia cristiana: no falta en Platón. La verdad está aquí; estas palabras, dondequiera que son pronunciadas, significan: el sacerdote miente…

56

Finalmente, es importante el fin por el cual se miente. Mi objeción contra los medios empleados por el cristianismo es ésta: que en él faltan los fines santos. Sólo fines malos: envenenamiento, calumnias, negación de la vida, desprecio del cuerpo, envilecimiento y corrupción del hombre mediante el concepto de pecado; por consiguiente, también sus medios son malos.

Yo leo con sentimiento opuesto el Código de Manú, obra incomparablemente más intelectual y superior; sería un pecado contra el Espíritu el nombrarle juntamente con la Biblia. Pronto se comprende por qué: porque tiene detrás de sí una verdadera filosofía; la tiene en sí, y no solamente un judaísmo maloliente, mezcla de rabinismo y de superstición; da a morder algo, hasta al psicólogo más estragado. No olvidemos lo principal, la diferencia fundamental de toda especie de Biblia; con el Código de Manú, las clases nobles, los filósofos y los guerreros conservan su poder sobre las masas: por todas partes valores nobles, un sentido de perfección, una afirmación de la vida, un sentimiento triunfal de satisfacción de sí mismo y de la vida, sobre todo el libro brilla el sol. Todas las cosas sobre las cuales el cristiano desahoga su inagotable vulgaridad, por ejemplo, la generación, la mujer, el matrimonio, son tratadas aquí seriamente, con respeto, con amor y confianza. ¿Cómo poner en las manos de las mujeres y de los niños un libro que contiene aquellas abyectas palabras: «Para evitar la prostitución que tenga cada uno una mujer propia y cada mujer un hombre…; es mejor casarse que abrasarse?». Y ¿se puede ser cristiano siendo así que con el concepto de la inmaculada concepción el nacimiento del hombre es cristianizado, esto es, maculado?…

Yo no conozco libro alguno en que se diga a la mujer tantas cosas buenas y tiernas como en el Código de Manú; aquellos viejos santones tratan a la mujer con una gracia y delicadeza que acaso no ha sido superada nunca. «La boca de una mujer —se lee allí—, el seno de una joven, la oración de un niño, el humo del sacrificio, son siempre puros». Y en otro lugar: «No hay nada más puro que la luz del sol, la sombra de una vaca, el aire, el agua, el fuego y la respiración de una joven». Un último pasaje, que es quizá también una santa mentira: «Todas las aberturas del cuerpo por encima del Ombligo son puras, las de debajo son impuras. Sólo en la virgen es puro todo el cuerpo».

57

Se toma en flagrante la insania de los medios de que se vale el cristiano cuando se compara el fin del cristianismo con el del Código de Manú; cuando se pone de manifiesto este contraste de fines. El crítico del cristianismo no puede menos de

hacerle despreciable. Un Código como el de Manú, nace como nace todo buen Código: resume la experiencia, la sabiduría y la moral experimental de largos milenios; concluye, no crea. La premisa de una codificación de este género es el juicio que los medios con que crear autoridad a una verdad conquistada lentamente y a caro precio sean profundamente diversos de aquéllos por los que se podría demostrar aquella verdad. Un Código no relata nunca la utilidad, las razones, la casuística de los precedentes de una ley: porque con ello perdería el tono imperativo, el tú debes, la condición para ser obedecido. El problema estriba precisamente en esto.

En un cierto punto de la evolución de un pueblo, la clase más juiciosa, o sea la que sabe mirar atrás y a lo lejos, declara establecida la práctica según la cual se debe o se puede vivir.

El fin de esta clase es hacer una recolección lo más posible rica y constante de los tiempos de experimentación y de las malas experiencias. Ante todo, de lo que nos debemos guardar es de la continuación del experimento, de la preexistencia de un estado fluido de valores, del indagar, del elegir, del criticar los valores hasta el infinito. Contra esto se alza un doble muro; ante todo la revelación, o sea la afirmación de que la razón de aquellas leyes no es de origen humano, no ha sido buscada y encontrada lentamente entre errores, sino que ésta, como de origen divino, es completa, perfecta, sin historia, un don, un milagro, simplemente comunicada… En segundo lugar, la tradición, o sea la afirmación de que la ley existía ya desde tiempo antiquísimo, y que el ponerla en duda sería contrario a la piedad, sería un delito contra los antepasados. La autoridad de la ley se funda en estas dos tesis: Dios la dio, los antepasados la observaron.

La razón superior de semejante procedimiento se encuentra en la intención de constreñir a la conciencia a que se retire, paso a paso, de la vida reconocida por justa (o sea demostrada por una experiencia enorme y sutilmente tamizada), de modo que se consiga el perfecto automatismo del instinto; esta premisa de todo género de maestría y de perfección en el arte de la vida. Fijar un Código a la manera de Manú significa brindar a un pueblo la facultad de hacerse maestro, de llegar a ser perfecto, de aspirar al supremo arte de vida. «A tal fin hay que hacerle inconsciente»; tal es el fin de toda santa mentira.

La ordenación de las castas, la ley suprema y dominante, es sólo la sanción de una ordenación natural, de una ley natural de primer orden, sobre la cual no tiene poder ningún arbitrio, ninguna idea moderna. En toda sociedad sana se distinguen entre sí, condicionándose recíprocamente, tres tipos, que fisiológicamente tienen una gravitación distinta, cada uno de los cuales tiene su propia higiene, un campo de trabajo propio, una cualidad propia de sentimientos de la perfección y de la maestría. La naturaleza y no Manú es la que separa a los hombres que dominan por su entendimiento, por la fuerza de los músculos o del carácter, de aquéllos que no se distinguen por ninguna de estas cosas de los mediocres; estos últimos constituyen el

mayor número, los otros son la flor de la sociedad. La clase más alta —yo la llamo los poquísimos— por ser perfecta tiene también los privilegios correspondientes a los poquísimos: entre los cuales está el representar la felicidad, la belleza, la bondad en la tierra. Únicamente a los hombres más intelectuales les es permitida la belleza: sólo en ellos no es debilidad la bondad. *Pulchrum est paucorum hominum*; la belleza es un privilegio. Nada es menos permitido a aquéllos que las maneras feas o una mirada pesimista, una mirada que afea, o una indignación ante el aspecto de conjunto de las cosas. La indignación es el privilegio del chandala; e igualmente el pesimismo. El mundo es perfecto; así habla el instinto de los más intelectuales, el instinto que afirma: la imperfección, las cosas de todo género que están por bajo de nosotros, la distancia, el *pathos* de la distancia, el chandala mismo forma parte también de esta perfección.

Los hombres más intelectuales, como son fuertes, encuentran su felicidad allí donde otros encontrarían su ruina: en el laberinto, en la dureza consigo mismos y con los demás, en el experimento; su goce consiste en vencerse a sí mismos; el ascetismo es en ellos necesidad, instinto; y para ellos es un recreo jugar con vicios que destruirían a otros… El conocimiento es una forma del ascetismo.

Éstos son la especie más honorable de hombres: esto no excluye que sean la especie más serena y más amable. Dominan, no porque quieran, sino porque existen; no les es lícito ser los segundos. Los segundos: tales son los guardianes del derecho, los administradores del orden y de la seguridad, los nobles guerreros y sobre todo el rey considerado como la más alta fórmula del guerrero, del juez y del conservador de la ley. Los segundos son los ejecutores de los intelectuales; la cosa más próxima a ellos, los que les quitan todo lo que es grosero en el trabajo de dominación, su séquito, su mano derecha, sus mejores discípulos. En todo esto, lo repetimos, no hay nada de arbitrario, nada de fatal, lo que es diverso es artificial, entonces se hace daño a la naturaleza…

La ordenación de las castas, la jerarquía, formula solamente la ley suprema de la vida misma; la separación de los tres tipos es necesaria para la conservación de la sociedad para hacer posibles tipos más altos y altísimos; la desigualdad de los derechos es precisamente la condición para que haya derechos en general. Un derecho es un privilegio. Según su modo de ser cada cual tiene su privilegio. No despreciamos los derechos de los mediocres. La vida es siempre más dura conforme se va elevando —aumenta el frío—, aumenta la responsabilidad. Una gran civilización es una pirámide: sólo puede vivir en un terreno amplio, tiene como primera condición una mediocridad fuerte y sanamente consolidada. El oficio, el comercio, la agricultura, la ciencia, gran parte del arte; en una palabra, todo el complejo de la actividad profesional se armoniza únicamente con la moderación en el poder y en el desear; estaría fuera de lugar entre las excepciones, el instinto que le es propio contradiría tanto el aristocratismo como el anarquismo. Para ser una utilidad pública, una rueda, una función, es necesario un destino natural: lo que hace de los

hombres máquinas inteligentes no es la sociedad, no es el género de felicidad de que son simplemente capaces la mayor parte de los hombres. Para los mediocres, ser mediocres es una felicidad; la maestría en una sola cosa; la especialidad es para los mediocres un instinto natural. Sería totalmente indigno de un espíritu profundo ver ya una objeción en la mediocridad en sí. Es, por el contrario, la primera cosa necesaria para que pueda haber excepciones; una alta civilización tiene por condición la mediocridad. Si el hombre de excepción maneja precisamente a los mediocres con manos más delicadas que las que emplea para manejarse él y a sus iguales, ésta no es sólo una cortesía del corazón; es simplemente su deber… ¿A quiénes odio yo más entre la plebe moderna? A la plebe socialista, a los apóstoles de los Tschandala, que minan en el obrero el instinto, el goce, el sentimiento de contentarse con su propia existencia pequeña, que le hacen envidioso, que le enseñan la venganza… La injusticia no se encuentra nunca en la desigualdad de derechos; se encuentra en la exigencia de derechos iguales… ¿Qué es lo malo? Pues ya lo he dicho: todo, lo que nace de la debilidad, de envidia, de venganza. El anarquista y el cristiano tienen un mismo origen.

58

En realidad, el fin porque se miente constituye una diferencia: según que con este fin se quiera conservar o destruir. Se puede instituir una igualdad perfecta entre el cristiano y el anarquista: su objeto, su instinto, tiende solamente a la destrucción. Basta leer la historia para sacar de ella la prueba de esta afirmación: la historia la presenta con terrible claridad. Ya hemos aprendido a conocer un Código religioso que tiene por objeto perpetuar la más alta condición de prosperidad de la vida, esto es, una gran organización de la sociedad; el cristianismo encontró su misión de poner término precisamente a tal organización, porque en ella la vida prosperaba. Con esto, los resultados de la razón durante largas épocas de experiencia y de incertidumbre debían ser empleados para una remota utilidad, y la cosecha debía ser tan grande, tan rica, tan completa como fuera posible: aquí, por el contrario, la cosecha fue envenenada por la noche… Lo que existía *aere perennius*, el *imperium romanum*, la más grandiosa forma de organización en circunstancias difíciles hasta ahora realizada, en comparación con la cual todo lo anterior, todo lo posterior es artificio, chapucería, diletantismo; aquellos santos anarquistas se impusieron el religioso deber de destruirlo, de destruir el mundo, esto es, el *imperium romanum*, hasta que no quedase piedra sobre piedra, hasta que los germanos y otros rudos campesinos se hicieron dueños de él. El cristiano y el anarquista: ambos decadentes, ambos incapaces de obrar de otro modo que disolviendo, envenenando, entristeciendo, chupando sangre; ambos poseídos del instinto del odio mortal contra todo lo que existe, lo que es grande, lo que dura, lo que promete un porvenir a la vida… El

cristianismo fue el vampiro del *imperium romanum*; una noche hizo inconsciente la obra enorme de los romanos, la de conquistar el terreno para una gran civilización que tuviera para sí el tiempo.

¿No se comprende todavía? El *imperium romanum* que nosotros conocemos, que la historia de las provincias romanas nos muestra cada vez mejor, esta admirable obra de arte de gran estilo, fue un comienzo, su construcción estaba calculada para demostrar su bondad en miles de años; hasta hoy no se construyó nunca, ni siquiera se soñó nunca construir en igual medida *subspecie aeterni*.

Esta organización era bastante sólida para soportar malos emperadores: la calidad de las personas no tiene nada que ver en estas cosas, primer principio de toda gran arquitectura. Pero este principio no fue bastante sólido contra la más corrompida especie de corrupción, contra los cristianos… Este oculto gusano, que en la noche, en la niebla y en el equívoco se insinuaba entre todos los individuos y quitaba a todo individuo la seriedad para las cosas verdaderas, el instinto en general para la realidad, esta banda vil, afeminada y dulzona, fue poco a poco haciendo extrañas a las almas a aquella prodigiosa construcción, esto es, aquellas naturalezas preciosas, virilmente nobles, que en la causa de Roma vieron su propia causa, su propia seriedad, su propio orgullo. La socarronería de los hipócritas, el secreto de los conventículos, conceptos sombríos como infierno, sacrificio del inocente, *unio mystica* al beber la sangre, sobre todo el fuego de la venganza lentamente avivado, de la venganza del chandala, esto venció a Roma, la misma especie de religión a la cual, en la forma en que preexistió, ya Epicuro le había declarado la guerra. Léase a Lucrecio para comprender qué fue lo que Epicuro combatió; no fue el paganismo, sino el cristianismo, o sea la corrupción de las almas por obra del concepto de culpa, de castigo y de inmortalidad. Combatió los cultos subterráneos, todo el cristianismo latente; negar la inmortalidad fue ya una verdadera liberación. Y Epicuro hubiera vencido, todo espíritu culto era epicúreo en el Imperio romano: entonces apareció Pablo… Pablo, el odio contra el mundo, el hebreo, el hebreo errante por excelencia… Comprendió que con el pequeño movimiento sectario cristiano, se podría, fuera del cristianismo, provocar un incendio mortal, como con el símbolo de Dios en la Cruz se podría reunir, para hacer con ello un poder enorme, todo lo que estaba abajo y tenía secretas intenciones de revuelta, todo el conjunto de movimientos anárquicos en el imperio. La salvación viene de los judíos. El cristianismo fue una fórmula para superar y sumar los cultos subterráneos de todas clases, el de Osiris, el de la Gran Madre, el de Mitra, por ejemplo; en esta visión consistió el genio de Pablo. En este punto su instinto fue tan seguro que puso en labios, y no sólo en labios, del Salvador, las ideas con que seducían las religiones de los chandalas, haciendo descarada violencia a la verdad; y en hacer del Salvador una cosa que pudiera comprenderla también un sacerdote de Mitra… Éste fue su momento de Damasco: comprendió que tenía necesidad de la creencia en la inmortalidad para desacreditar el mundo, y que el concepto de infierno vencería también de Roma, que con el más allá se destruye la vida… Nihilista y cristiano son

cosas que van de acuerdo…

59

De este modo fue anulada toda la labor del mundo antiguo: no encuentro palabras con que expresar mis sentimientos ante un hecho tan monstruoso. Y considerando que aquel trabajo era una preparación, que precisamente entonces se echaban las bases para un trabajo de milenios con granítica conciencia, repito que todo el sentido del mundo antiguo fue destruido. ¿A qué fin los griegos? ¿A qué fin los romanos? Todas las condiciones de una docta cultura, todos los métodos científicos existían ya, ya se había encontrado el gran arte, el incomparable arte de leer bien; esta condición preliminar de una tradición de cultura, de la unidad de la ciencia, la ciencia natural en unión con la matemática y la mecánica, se encontraba en el mejor camino; el sentido de los hechos, el último y más precioso de todos los sentidos, tenía sus escuelas, su tradición ya vieja de siglos. ¿Se comprende esto? Todo lo esencial se había encontrado, se estaba en condiciones de ponerse al trabajo: los métodos, preciso es decirlo diez veces, son lo esencial, y son también la cosa más difícil y lo que tiene contra sí, durante más tiempo, el hábito y la pereza. Lo que nosotros hoy hemos reconquistado empleando indecible violencia sobre nosotros mismos, porque todos teníamos aún en cierto modo en el cuerpo los malos instintos, los instintos cristianos, la mirada libre frente a la realidad, la mano circunspecta, la paciencia y la seriedad en las cosas mínimas, toda la probidad del conocimiento, existía ya cerca de dos milenios hace. Y además existía el tacto, el buen gusto, el gusto delicado. No como adiestramiento de cerebros. No como cultura alemana por estilo mazacote, sino como cuerpo, como gestos, como instinto…; en una palabra, como realidad… ¡Todo en vano! ¡En veinticuatro horas no quedó más que un recuerdo!

¡Griegos! ¡Romanos! ¡La nobleza del instinto, el gusto, la investigación metódica, el genio de la organización y de la administración, la creencia y la voluntad de un porvenir para el hombre, el gran sí a todas las cosas visibles en calidad de *imperium romanum* visible a todos los sentidos, el gran estilo que no era ya simplemente arte, sino que se había convertido en realidad, caridad, vida…, y no sepultado en veinticuatro horas en virtud de un fenómeno natural! ¡No destruido por los germanos y otros pueblos groseros, sino arruinado por vampiros astutos, escondidos, invisibles, enemigos! No vencido, sino chupado… ¡La oculta sed de venganza, la pequeña envidia elevada a dueña! ¡Todo lo que es miserable, todo lo que sufre de sí mismo, todo lo que está animado de malos sentimientos, todo el mundo del ghetto que brota de una vez del alma y sube a lo alto!

Léase cualquier agitador cristiano, por ejemplo, San Agustín, y se comprenderá, se olerá qué inmunda gente subió al poder. Nos engañaríamos completamente si creyésemos que carecían de entendimiento los jefes del movimiento cristiano: ¡Oh,

eran hábiles, hábiles hasta la santidad aquellos señores Padres de la Iglesia! Lo que les faltaba era otra cosa muy distinta. La naturaleza los ha olvidado, olvidó darles una modesta dote de instintos estimables, decorosos, puros… Entre nosotros éstos no son ni siquiera hombres… Si el Islam desprecia al cristianismo, tiene mil razones para ello: el Islam presupone hombres…

60

El cristianismo nos robó la cosecha de la civilización antigua, y más tarde nos robó la cosecha de la civilización del Islam. El maravilloso mundo morisco de cultura, en España, que en el fondo nos es mucho más afín y habla a nuestros sentidos y a nuestro gusto mucho más que Roma y Grecia, fue pisoteado (no digo por qué pies). ¿Por qué? Porque era noble, porque debía su nacimiento a instintos viriles, porque afirmaba la vida con los más raros y preciosos refinamientos de las costumbres moriscas…

Más tarde los cruzados combatieron una cosa ante la cual les hubiera sido mejor postrarse en el polvo, una civilización frente a la cual hasta nuestro siglo XIX puede aparecer muy pobre, muy tardío. Ciertamente, los cruzados querían hacer botín: el Oriente era rico… Despojémonos de prejuicios: los cruzados fueron la más alta piratería, y nada más. La nobleza alemana, en el fondo nobleza de vikingos, se encontró en su elemento con las cruzadas: la Iglesia sabía harto bien de qué modo se podía ganar a la nobleza alemana… La nobleza alemana, que fue siempre lo que fueron los suizos, los mercenarios para la Iglesia, siempre al servicio de los malos instintos de la Iglesia, estaba, sin embargo, bien pagada… Precisamente con la ayuda de las espadas tudescas, del valor y la sangre tudesca, condujo la Iglesia su guerra mortal contra todo lo que es noble en la tierra.

Aquí se presenta una cantidad de preguntas dolorosas. La nobleza alemana falta casi completamente en la historia de la cultura superior: se adivina el motivo… Cristianismo, alcohol, los dos grandes medios de corrupción… En sí no se puede elegir entre cristianos e Islam, entre un árabe y un hebreo. La decisión está ya hecha: nadie es libre de hacer aquí una elección. O se es un chandala o no se es un chandala: «¡Guerra a muerte a Roma! ¡Paz, amistad con el Islam!»: así pensó, así hizo todo espíritu libre, aquel genio entre los emperadores alemanes, Federico II. ¿Cómo? ¿Es que un alemán tiene que ser precisamente un genio, un librepensador, para tener sentimientos decorosos? Yo no comprendo cómo un alemán pudo nunca tener sentimientos cristianos…

61

Aquí es preciso volver a evocar un recuerdo que es aún cien veces más penoso para los alemanes. Los alemanes han robado a la Europa la última gran cosecha, la última cosecha que ha producido Europa, la del Renacimiento. ¿Se comprende fácilmente, se quiere comprender qué fue el Renacimiento? Fue la transmutación de los valores cristianos, fue una tentativa, hecha por todos los medios, con todos los instintos, con todo el genio, para conducir a la victoria los valores contrarios, los valores nobles… Hasta ahora no ha habido más que esta gran guerra, hasta ahora no ha habido posición de problemas más decisiva que la obrada por el Renacimiento, mi problema es su problema…: ni tampoco ha habido una forma de asalto más sistemática, más derecha, más severamente desencadenada sobre todo el frente así como contra el centro. Atacar en el punto decisivo, en la sede del cristianismo, poner allí en el trono los valores nobles, o sea introducirlos en los instintos, en las más profundas necesidades y deseos de los que tenían allí su sede… Yo veo ante mí una posibilidad de fascinación y de encanto de aquéllos, completamente subterránea: me parece que esta posibilidad resplandece en todos los estremecimientos con una belleza refinada, que en ella obra un arte, tan divino, tan diabólicamente divino, que en vano se encontraría a través de milenios una segunda posibilidad semejante: veo un espectáculo tan rico de sentido, y, al mismo tiempo, tan maravillosamente paradójico, que todas las divinidades del Olimpo habrían prorrumpido en una carcajada inmortal: «¡César Borja papa!». ¿Se me entiende? Pues bien: ésta habría sido la victoria que hoy yo solo deseo…; ¡con ésta, el cristianismo quedaba abolido! …

¿Qué sucedió en cambio? Un fraile alemán, Lutero, llegó a Roma. Este fraile, que tenía en el cuerpo todos los instintos vengativos de un sacerdote fracasado, surgió en Roma contra el Renacimiento… En lugar de comprender con profundo reconocimiento el prodigio acaecido, la derrota del cristianismo en su sede, su odio supo sacar de aquel espectáculo su propio sustento. El hombre religioso no piensa nunca más que en sí mismo.

Lutero vio la corrupción del papado, siendo así que se podía tocar con la mano precisamente lo contrario: la antigua corrupción, el *peccatum originale,* el cristianismo no se sentaba ya en la silla papal. Por el contrario, se sentaba la vida, el triunfo de la vida. El gran sí a todas las cosas bellas, altas, audaces… Y Lutero restableció la Iglesia: la atacó… El Renacimiento: un hecho sin sentido, un gran en vano. ¡Ah, estos alemanes, cuánto nos han costado ya! Hacer todas las cosas vanas: tal fue siempre la obra de los alemanes. La Reforma; Leibniz; Kant y la llamada filosofía alemana; las guerras de liberación; el imperio; cada vez fue reducida a la nada una cosa que ya existía, una cosa irrevocable… Estos alemanes son mis enemigos, yo lo confieso; en ellos desprecio yo toda especie de impureza de ideas y de valores, de vileza frente a todo sincero sí y no. Desde hace casi mil años han confundido y embrollado todo lo que han tocado con sus dedos; tienen en la conciencia hechas a medias, hechas por tres octavas partes, todas las cosas de que la

Europa padece; tienen también sobre su conciencia la más impura especie de cristianismo que existe, la más insana, la más irrefutable, el Protestantismo… Si no nos desembarazamos del cristianismo, los alemanes tienen la culpa…

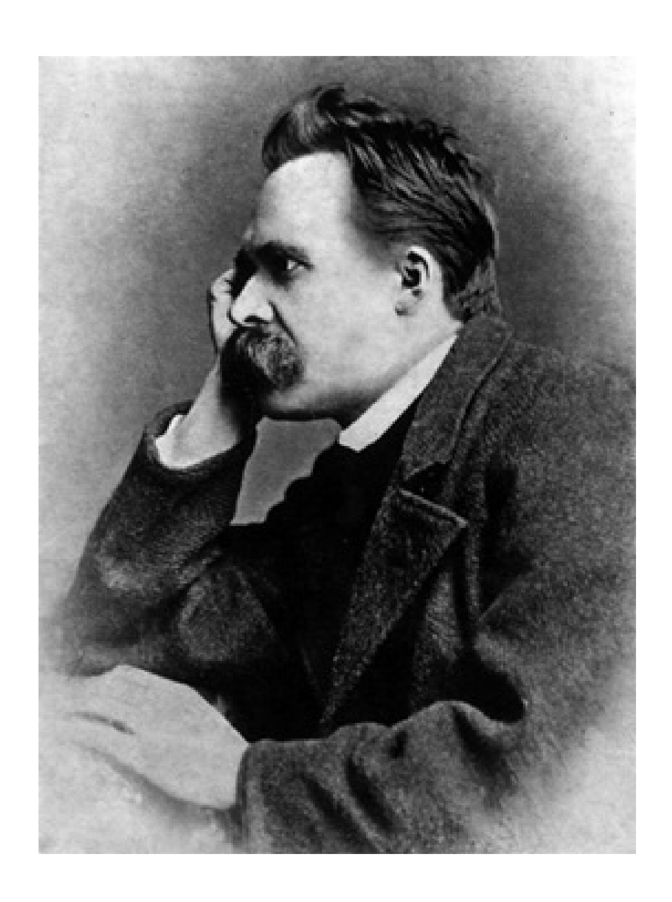
62

Con esto he llegado al fin y expreso mi juicio. Yo condeno el cristianismo, yo elevo contra la Iglesia cristiana la más terrible de todas las acusaciones que jamás lanzó un acusador. Para mí, es la más grande de todas las corrupciones imaginables, tuvo la voluntad de la última corrupción imaginable. La Iglesia cristiana no dejó nada libre de su corrupción; de todo valor hizo un no valor, de toda verdad una mentira, de toda probidad una bajeza de alma. Y todavía se atreven a hablarme de los beneficios que ha reportado a la humanidad. Suprimir cualquier miseria era cosa contraria a su más profundo interés: vive de miserias, creó miserias para eternizarse… Por ejemplo, el gusano del pecado: la Iglesia fue precisamente la que enriqueció a la humanidad con esta miseria…

La igualdad de las almas ante Dios, esta falsedad, este pretexto para los rencores de todos aquéllos que tienen el ánimo abyecto, esta idea que es un explosivo y que terminó por convertirse en una revolución, idea moderna y principio de decadencia de todo el orden social, es dinamita cristiana… ¡Los beneficios humanitarios del cristianismo! Éste hizo de la *humanitas* una contradicción consigo misma, un arte de arruinarse a sí mismo, una voluntad de mentir a toda costa, un desprecio y una repugnancia contra todos los instintos buenos y honrados. Éstas son para mí las bendiciones aportadas por el cristianismo. El parasitismo como única práctica de la Iglesia; la Iglesia, que con sus ideales anémicos, con sus idealidades de santidad, chupa de la vida toda la sangre, todo el amor, toda la esperanza; el más allá como voluntad de negar toda realidad; la cruz como signo de reconocimiento por la más subterránea conjura que jamás ha existido, conjura contra la salud, contra la belleza, contra el bienestar, contra la bravura, contra el espíritu, contra la bondad del alma, contra la vida misma…

Yo quiero escribir sobre todas las paredes esta eterna acusación contra el cristianismo, allí donde haya paredes; yo poseo una escritura que hace ver aun a los ciegos… Yo llamo al cristianismo la única gran maldición, la única gran corrupción interior, el único gran instinto de venganza, para el cual ningún medio es bastante venenoso, oculto, subterráneo, pequeño; yo la llamo la única inmortal vergüenza de la humanidad.

¡Y se computa el tiempo partiendo del *dies nefastus* con que comenzó esta fatalidad, desde el primer día del cristianismo! ¿Y por qué no mejor desde su último día? ¿Desde hoy? ¡Transmutación de todos los valores!…



FRIEDRICH WILHELM NIETZSCHE fue un filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, considerado uno de los pensadores contemporáneos más influyentes del siglo XIX.

Realizó una crítica exhaustiva de la cultura, la religión y la filosofía occidental, mediante la deconstrucción de los conceptos que las integran, basada en el análisis de las actitudes morales (positivas y negativas) hacia la vida. Este trabajo afectó profundamente a generaciones posteriores de teólogos, antropólogos, filósofos, sociólogos, psicólogos, poetas, novelistas y dramaturgos.

Meditó sobre las consecuencias del triunfo del secularismo de la Ilustración, expresada en su observación «Dios ha muerto», de una manera que determinó la agenda de muchos de los intelectuales más célebres después de su muerte.

Si bien hay quienes sostienen que la característica definitoria de Nietzsche no es tanto la temática que trataba sino el estilo y la sutileza con que lo hacía, fue un autor que introdujo, como ningún otro, una cosmovisión que ha reorganizado el pensamiento del siglo XX, en autores tales como Martin Heidegger, Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Gianni Vattimo o Michel Onfray, entre otros.

Nietzsche recibió amplio reconocimiento durante la segunda mitad del siglo XX como una figura significativa en la filosofía moderna. Su influencia fue particularmente notoria en los filósofos existencialistas, críticos, fenomenológicos, postestructuralistas y postmodernos, y en la sociología de Max Weber. Es considerado uno de los tres «Maestros de la sospecha» (según la conocida expresión

de Paul Ricoeur), junto a Karl Marx y Sigmund Freud.

El 3 de enero de 1889 Nietzsche sufrió un colapso mental. Ese día fue detenido tras, al parecer, haber provocado algún tipo de desorden público, por las calles de Turín. Lo que pasó exactamente es desconocido. La versión más extendida sobre lo sucedido dice que Nietzsche caminaba por la Piazza Carlo Alberto, un repentino alboroto que causó un cochero al castigar a su caballo llamó su atención, Nietzsche corrió hacia él y lanzó sus brazos rodeando el cuello del caballo para protegerlo, desvaneciéndose acto seguido contra el suelo. En los días siguientes, escribió breves cartas para algunos amigos, incluidos Cósima Wagner y Jacob Burckhardt, en las que mostraba signos de demencia y megalomanía.

El 25 de agosto de 1900, Nietzsche murió después de contraer neumonía. Por deseo de Elisabeth, su hermana, fue inhumado como su padre en la iglesia de Röcken.